

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 26. — N° 736.

## SUMARIO.

Isla de Creta; grabados. — Cuadro de costumbres. — El exposito. — El horno del castigo. — La recolección del hielo

en el lago de la Emperatriz; grabado. — Roma; grabado. — El accidente del puente Marie en París; grabado. — Revista de París. — Un matrimonio griego en Atenas. — Los puertos militares de Francia: Rochefort; grabados. — Revista de la moda. — Crichton. — Una marea extraordinaria en Ve-

necia; grabado. — La fiesta de los patinadores en los lagos del bosque de Boulogne; grabado. — El gato montés en acecho, por Bodmer; grabado. — La Marquesa de Pinares. — Problemas de ajedrez; grabado. — Explosión de un polvorín en Pondichery; grabado.



ISLA DE CRETA. — Aspecto del puerto de Khakia.



## Cuadro de costumbres.

## EL CASAMENTERO.

ESCENAS DE LA VIDA ESCOCESA.

(Conclusion.)

En este punto interrumpió Simon el coloquio, diciendo :

— Miss Mowbray, no hagais caso de las extravagancias de ese loco. Y luego dijo en tono mas bajo : Carlos será un marido cariñoso y fiel. ¡Qué lástima que el fusil de un enemigo desgraciase su hermosura! ¡Pobre mancebo!

No comprendió la jóven las palabras de su digno huésped, y por lo tanto dijo á Carlos :

— ¿Creeis partir muy pronto á incorporaros con vuestro regimiento?

— Dias ha que estamos aguardando ocasion para partir, y estamos resueltos á aprovechar la primera que se nos presente, aunque se nos ofreciera un asiento en la Cámara de los Pares ó en la abadía de Westminster.

— ¡Ah! ¡Es muy gustoso ver una guerra de lejos! ¿Pero no pueden los reyes arreglar sus negocios sin tener que echar mano á la espada?

— No puedo satisfacer á vuestra pregunta; pero creo que la guerra es un excelente recurso para los pobres diablos nacidos, como yo, sin fortuna; pero quizás deseariais entrar en el salon de baile; ¿me permitiais que os dé la mano?

— ¡Ah! ¡ah! interrumpió Simon, que habia oido estas últimas expresiones; ¿tan adelantado estais ya? ¿Solicitar la mano de una jóven, cuando apenas la conocéis?

El ruido que allí reinaba impidió llegaran esas últimas palabras á oídos de miss Mowbray, la cual, pocos minutos despues, bailaba ya una contradanza.

Sabido es que los himeneos fueron instituidos en el cielo. Carlos Melville deseaba ver realizadas las esperanzas de Simon. Como nunca he tenido genio para hacer la descripcion de una beldad, la de la heredera inglesa me embaraza bastante; y así la remito á la fantasía del lector, pues era la mas hermosa de las flores que brillaban en Lugas, y el ornato exterior daba tanto realce á su hermosura, que la misma lady Clover aseguraba que miss Mowbray habia manifestado un gusto muy delicado en el vestido y muy raro entre las muchachas de corta edad.

— Sus cabellos son muy parecidos á los de nuestra Ana, decia lady Clover, bien que los de Ana tienen un tinte mas dorado.

— ¡Dios nos perdone! dijo Simon; ¿no veis que los cabellos de Ana son tan rojos como una zanahoria?

Sin embargo, la jóven que era objeto de la conversacion, no hacia mucho caso del parecer de lady Clover con respecto á ella. No diré que estuviera ya enamorada, pues nunca he aprobado el poder que tan repentinamente cobra el amor sobre una mujer; pero no puede negarse que estaba sorprendida por la novedad de la escena y bien hallada con Carlos. Como semejantes consideraciones no se oponen á que dé á conocer el verdadero estado del corazón de Carlos Melville, puede decirse que estaba sujeto al yugo de un amor sin igual, digno ciertamente de un héroe de novela; pues en el intervalo de las contradanzas, daba libre vado á su imaginacion; agitábanle continuamente el amor y la idea de una dulce soledad en que pudiese libremente expresarlo, y otros mil desatinos que en tales circunstancias se disputan el imperio de la fantasía. ¡Cuán lejos estaba el jóven de enterarse de las riquezas de su amante! ¡Pues qué! ¿Cabe pensar en asuntos de mera utilidad, como son los recursos para mantener una mujer y cinco ó seis angelitos de ambos sexos? ¡Pensamientos vulgares! En esta parte debo hacer justicia al jóven teniente, pues aunque escocés, nunca sobresaltó los lozanos campos de su fantasía la idea de que miss Mowbray fuese heredera; y aun puedo decir, si en materia tan delicada me es lícito hablar en su defensa, que se hubiera regocijado infinito de que su amante hubiese sido tan pobre como él.

Como la vida humana pasa con tanta rapidez, aun en medio de la desgracia, no es extraño que esta velada, sin disputa la mas halagüeña que hubiese disfrutado Carlos hasta entonces, le pareciera rápida en extremo. El duque y los mas ilustres convidados se habian retirado ya; el mas vivo júbilo sucedió á la etiqueta; pero á poco rato nuestro jóven oficial vió desvanecidas sus esperanzas: pues llamaron á su amante para partir. Ayudóla á ponerse la capa, apretóle la mano con la mayor ternura (1), y la ayudó á subir á la antigua carroza de mistress Carmichael, harto desabrigada, aunque la noche fuese fria y tempestuosa. El ruido de la nieve, que excedia al de las ruedas que se iban lentamente alejando, burló la atencion del jóven que procuraba oír con afán la direccion que habian tomado. Desconfiado ya, volvió á subir con lentitud, y observando que nadie notaba la ausencia de su amante, exclamó :

(1) En Inglaterra se estrechan la mano los jóvenes de ambos sexos sin faltar al buen parecer.

— ¡Mentecatos! á buen seguro que no echarian de ver la oscuridad aunque el sol se eclipsara en medio del dia.

Y habiendo quedado embebido en su enajenamiento, compareció el henchman, quien, sacándole de aquella situacion, le dijo :

— ¡Hermosa criatura! ¡Vaya que ha sido ocurrencia ponerse en camino con una noche tan tempestuosa! Las estrellas han desaparecido; ya empieza á nevar, el Lugas comienza también á salir de madre, y si por desgracia aquel bribon de Andrés Strachans, cochero de lady Carmichael, aquel viejo borrachon, pretende pasar el vado, aquella niña tan linda é interesante perece sin remedio.

Ocioso es referir por extenso todo lo que salió entonces de los labios del digno henchman; pues mucho tiempo antes que concluyera sus lamentaciones, habia partido Carlos en busca del coche, corriendo á mas no poder, en el mismo traje de baile, para precaver el terrible peligro del vado; pero la suma densidad de la nieve detenia sus pasos, y la altura siempre creciente de las capas de nieve no le permitia reconocer aquellos sitios. A pesar de tantos obstáculos, el infatigable jóven continuaba su penosa marcha al través de la nieve, y con mucha desconfianza se puso á gritar; pero el ruido de la nieve disipó su voz, de suerte que nadie le contestó. Encaminóse hácia el vado, gritando con mas fuerza á medida que se acercaba; pero el murmullo de las aguas que se precipitaban por la rambla desvanecia sus gritos. No pudiendo ya en medio de la oscuridad descubrir objeto alguno, determinaba volverse, con la firme creencia de que habian seguramente pasado á la otra parte, desviándose del atajo para pasar el puente á alguna distancia de allí; y creyéndolas ya fuera de peligro, teniase por satisfecho con esta idea, cuando le pareció oír un débil alarido á pesar del estruendo del torrente. Con la velocidad del rayo corre hácia aquella parte de donde le habia parecido que salió la voz, gritando con todas sus fuerzas; y al punto percibe con mas distincion un grito semejante al primero, y aun llega á descubrir un objeto bastante voluminoso á alguna distancia. Grita de nuevo, y al fin no duda ya de que la voz sale del torrente. Sin titubear un momento, se lanza á la corriente, á pesar de la rapidez con que amenaza arrebatarle, y al ver que la elevacion del terreno le permite tomar pié, confiado en sus esfuerzos, lucha con mas confianza y denuedo: ya iba á tocar el objeto que habia creído percibir, cuando sin poner en duda que era el coche de mistress Carmichael, quedó sorprendido y sintió un júbilo inexplicable al ver á las dos señoras que, á pesar de su terrible situacion, conservaban toda su serenidad.

Despues de haber pronunciado rápidamente algunas palabras, aseguró á aquellas señoras que confiaran en él, y mientras suplicaba á la anciana que permaneciese en el coche sin temor, tomó en sus brazos á miss Mowbray, la cual le rogó que primeramente pusiera en salvo á su compañera, asegurando que se consideraba con fuerzas suficientes para aguardar su vuelta. No pudiendo resistir á sus repetidas instancias, dejó en el coche la preciosa carga que apretó contra su corazón. En un instante tomó en sus brazos á mistress Carmichael y se dirigió á la ribera con un ardor que manifestaba su resolucion de luchar con cuantos obstáculos se le opusieran; de suerte que apenas hubo llegado á la orilla, cuando con la mayor precipitacion volvió hácia el coche, que un instante despues arrastraron las aguas con espantosa rapidez. Medio desvanecida miss Mowbray, al encontrarse en los brazos que acababan de salvarla de la muerte, vió el coche que, no pudiendo resistir con su peso el ímpetu de la corriente, cedió á su violencia.

Encamináronse lentamente al techo hospedador y venturoso que habian abandonado pocos momentos antes. ¡Qué contento, qué satisfaccion, la del jóven teniente que habia librado de la muerte al ídolo de su corazón! Iban caminando á paso lento, y no tardaron en oír los acentos de la música y en percibir la brillante iluminacion de la fiesta que nada perdiera aun de su esplendor. ¡Qué dolorosa sorpresa para el bondadoso Kirkton, cuando vió llegar á sus convidados en estado tan deplorable! Sin perdonar medio, les prodigó cuantos cuidados requeria su situacion, y este lance, que llegó luego á noticia de los demás convidados, conmovió en gran manera la brillante sociedad que habia reunido el placer.

Entre tanto el temporal y la nieve iban á mas, en términos que los convidados tuvieron que orillar al intento de partir. Verificóse pues la prevision de Kirkton; las mujeres se alojaron por docenas en varios aposentos de la casa, y los hombres tuvieron que acomodarse con sus capas en el salon principal. Los músicos buscaron un asilo en las bodegas y gráneros, y por donde quiera reinaba la mas viva algazara. La aurora doraba ya la cumbre de las montañas; pero el silencio y el sueño no habian aun podido entrar en tan venturosa morada. El temporal arreciaba; por todo el horizonte reinaba la mas espantosa soledad, y los mismos cuya complexión predice las variaciones de la atmósfera, aseguraban que su permanencia seguramente habria de ser muy dilatada. Esta noticia fué recibida con mucha indiferencia por unos, y aun con cierto júbilo por dos ó tres parejas enamoradas; y Simon, que con este acontecimiento preveia nuevos lances favorables á sus intentos, celebraba en el alma la detencion de los convidados.

— Si esto dura solamente tres semanas, decia entre sí, habrá doce casamientos antes de Pascua. Porque, ¿cómo cabe que sea tanta la indiferencia de los jóve-

nes que puedan pasar tres dias bajo un mismo techo, bloqueados por la nieve, sin amarse?

Simon estaba muy preocupado con estas ideas; pero la presencia de mistress Carmichael y de miss Mowbray le sacó de estas reflexiones. Mientras que la primera contestaba á los parabienes de sus amigos, las miradas de la jóven vagaban por la sala, y se clavaban por fin en Carlos Melville; y al punto sus megillas, tan pálidas un momento antes, se tiñeron de carmin, y acercándose á él, le presentó la mano, que tomó él con apasionado ahinco, sin moderar apenas el impulso que iba á hacérsela llevar á sus labios en presencia de tantos testigos.

— ¡Oh! ¡gracias, gracias! fué cuanto pudo decir la trémula voz de la jóven, y las lágrimas le corrian por las megillas.

Pero no bien reparó que las miradas de todos los circunstantes se fijaban en ella, quedó confusa, y se fué al lado de mistress Carmichael. Todo esto no podia dejar de presenciarse el buen Simon.

— ¡Qué torpeza! ¡Qué imprudencia! ¿Cómo no le ha dado un abrazo? Un solo beso hubiera justificado su sonrosado. ¡Ah! si yo la hubiese salvado del peligro, no me hubieras visto tan corto en otro tiempo, querida mia, dijo volviéndose á su mujer.

Cinco dias duró el temporal, y aunque no puedo asegurar si los planes de himeneo tuvieron efecto, es muy probable que sus predicciones se realizaron. En el espacio de tres meses, el cura recibió ocho servicios de té, y muchas doncellas se lamentan todavía de no haber asistido á la fiesta de Lugas. Segun ellas, todas las dichas se fechan de aquel lance aciago.

Al cuarto dia de bloqueo, recibió Simon una esquila de uno de sus convidados; era del jóven Melville, que le anunciaba su partida, á pesar de la nieve, alegando no atreverse á dilatar por mas tiempo su ausencia del regimiento. Toda la sociedad manifestó el pesar que le causaba esta noticia; mistress Carmichael quedó sorprendida; miss Mowbray no pareció muy conmovida, aunque se negó á bailar; bien que la alegría y un vivo regocijo volvieron á tomar luego su ascendiente en los convidados.

Bastó un dia para que desapareciese la nieve, y este acontecimiento fué la señal de partida para los convidados, de suerte que Simon tuvo que quedarse solo...

Cuatro años habian pasado desde la celebracion de esta fiesta, cuando se presentó un jóven en la sala de baile de Bath. Su talle esbelto era muy reparable, y su presencia fué observada por todas las damas, de las cuales unas le creian extranjero, y otras le suponian algun personaje distinguido que viajaba de incógnito; pero todas conocieron que era oficial y que estaba enfermo. Su presencia denotaba un jóven de veinte y seis años á lo mas. Apenas se hubo alejado, cuando la llegada de una señorita excitó sobremanera la curiosidad de los concurrentes. Una circunstancia tan sencilla, como era el apoyarse en el brazo de una señora ya entrada en edad, bastó para producir la mas viva sensacion y dar lugar á mil conjeturas.

Mientras los circunstantes estaban comentando sobre este punto, el jóven habia tomado la direccion de Milsom-street; su andar era lento, y se apoyaba en un palo.

— ¡Carlos, Carlos Melville!

Estas palabras, entrecortadas por la tos, recordaron al jóven una voz muy conocida.

— ¡Qué! ¡Vos por aquí! replicó él, al encontrarse en presencia de un anciano que conducian sin mucho miramiento unos ingleses que provocaban su mal humor.

— ¡Ah! ¡Carlos! ¡Carlos! ¿Ese es el fruto que has sacado de la guerra? A buen seguro que tu madre misma no te conociera. Ven, ven á mi casa en Pulteney-street, y allí nos contarás lo que te ha pasado; ven, Carlos, ven, hijo mio.

Carlos, pues, era nuestro héroe, caminaba cerca del anciano, que á tales palabras de benevolencia para con su jóven amigo juntaba las mayores imprecaciones contra la gota y el paso tardo de los que le conducian. Carlos refirió su historia en pocas palabras. En los tres últimos años de guerra en la India se habia hallado en muchos trances; en uno de ellos habia sido herido de gravedad, y por fin acababa de llegar á Bath con el grado de mayor y una salud muy quebrantada. Aunque dió á su narracion cierto tono de indiferencia para todo lo pasado, con todo Simon pudo leer en su semblante una tristeza secreta que en vano procuraba disimular.

— Pero, Carlos, le decia, confesádmelo todo sinceramente; ¿no os ha sucedido algun lance en vuestros viajes? Pues nunca me podreis persuadir que una herida en la espalda pueda traer al hombre al abatimiento en que os veo. Decid francamente; ¿qué hermosa indiana ha herido vuestro corazón? ¿A qué fin me lo ocultais? ¿Dudariais acaso de mis esfuerzos para promover vuestros proyectos?

— No, respondió Carlos, sonriéndose con su amigo el casamentero; nunca he encaminado un suspiro á ninguna indiana.

— Pues tal vez será alguna jóven inglesa ó escocesa, porque no puede dudarse que es ha herido el amor. Ciertó dia, Carlos, os ví en disposicion de lograr que el corazón de aquella muchacha con que os debe la vida os correspondiera; pero partisteis con tanto empeño y resolucion, que el amor no pudo arraigarse.

— Era demasiado rica para un pobre subalterno cual era yo, respondió Carlos, en quien causaron la mas viva impresion las últimas palabras de Simon.

— Os engañais, y fuera yo muy zompo si la jóven no pensara como yo; pues en el peligro en que se hallaba,



¿no hubiera dado acaso su mano, su fortuna, para librarse del torrente? ¡Pues bien! ¿Quién tiene á todo esto mas derechos que vos? Todos nuestros casamientos se han verificado ya: los ocho han sido efecto de aquella fiesta, y vos hubiérais celebrado el noveno, sin tener un balazo en la espalda y sin haber abandonado las hermosas campiñas de Surrey, si hubiérais querido.

— ¡Ay de mí! ¿Por qué desgracia mi fortuna no igualaba la suya?

— ¡Pero ahora que por la muerte de vuestro hermano os veis heredero de vuestra casa y mayor!

— Desde mi partida no he sabido nada de miss Mowbray; pero ¿por fortuna estaria soltera?

— Puedo aseguraros que cuatro meses atrás no estaba casada, pues en aquella época ví á mistress Carmichael, quien me habló de la tristeza que afligia á su amiga desde el lance del torrente; y hablando sobre esto, me dijo que habiais andado muy torpe marchando tan repentinamente.

— Mistress Carmichael es muy buena señora.

— Ciertamente, es muy buena, y sin disputa la mujer mas excelente que he conocido jamás, y aunque es algo anciana, no hubiera tenido inconveniente en daros su mano.

— No creo que llegue á tanto su reconocimiento, respondió Cárlos sonriéndose.

— Si yo supiese su paradero, continuaba el viejo Simon, pronto arreglaría este negocio, si ya no es tarde. Sin embargo, seria del caso que procuráseis engordar antes de casaros, porque parecéis un esqueleto mas bien que un pretendiente en vísperas de boda. Pero ¿qué teneis? ¿estais enfermo acaso? ¿os duele la cabeza? ¿os atormenta la gota? en fin, ¿á qué ese abatimiento? ¡Lléveseme el diablo esas piernas! no puedo menearme ciertamente. Sentaos, Cárlos, descansad, hijo mio.

A pesar de tantas instancias, Cárlos permaneció inmóvil con los ojos clavados en la calle, y parecia enajenado por alguna mágica aparicion. Sus megillas se ponian alternativamente encarnadas y pálidas; salian de su pecho profundos suspiros, y por fin cayó desvanecido.

— ¡Rory, Rory! gritó Simon.

Felizmente llegó á tiempo el viejo Rory Mac Faggart para que su amo no muriese de pasmo y terror.

Cárlos volvió pronto en sí, y cuando se vió solo con el bondadoso M. Kirkton, le dijo:

— ¡Ella es! ¡Yo la he visto en el momento mismo en que estábamos hablando! Pero ¡qué pálida, cuán mudada!

— ¿Y qué pues?... preguntó Simon; mistress Carmichael sin duda, pues de ella estábamos hablando. Ciertamente, su semblante ha cambiado mucho, y su andar es muy tardo, aunque algo derecha todavia desde su último reumatismo; pero ¿dónde está?

— No es mistress Carmichael; miss Mowbray es quien se me ha aparecido, yo la he visto entrar en la casa de enfrente.

— ¿Dónde? ¿En aquella puerta verde de la aldaba dorada, cuyo balcon está adornado de flores, con los geranios ya secos?

— Sí.

— Llamad pues, y decid á ese inglés que me lleve al otro lado de la calle.

— Es imposible; acordaos de la gota.

— ¡Que el diablo se lleve la gota y la tos! ¡Casamiento tenemos! Preparad la silla en cinco minutos; pues tengo que cerciorarme de si realmente es ella ó no.

Efectivamente, Kirkton fué allá. Ahora pues, si alguno dudase del buen éxito de su negociacion, yo, que soy el autor de la presente historieta, tengo la satisfaccion de poder dar pruebas convincentes, é igualmente satisfaré el interés que pueda inspirar miss Mowbray, asegurando al lector que es siempre hermosa y feliz, y que actualmente está rodeada de tres hijos muy lindos, cuya tierna sonrisa y el alboroto infantil no me dejan comprender lo que escribo.

Asimismo puedo dar á mis lectores noticias sobre M. Kirkton, autor de nuestro matrimonio; ya no le atormenta absolutamente la tos, y solo le asalta anualmente un pequeño ataque de gota; y como ha adoptado mi hijo segundo, pasamos con él en Lugos todos los otoños. Como va ya encaneciendo, de aquí es que en el último año ha celebrado solamente doce matrimonios. ¡Oh! ¡si todos los casamenteros estuviesen dotados de tanto desinterés y franqueza como el dichoso Simon Kirkton!

M. DE F.

**El expósito.**

¡Oh tú, infeliz, que sin nacer moriste!  
SALIAS.

¡Oh tú, infeliz, de despiadada suerte,  
Sin esperanza y sin honor prescrito,  
Hijo de infausto amor, torpe y maldito,  
Sin un halago que aliviarte acierte.

¿Quién podrá en tu orfandad compadecerte?  
¿Quién te socorrerá, pobre proscrito,

Si los que te compraron al delito,  
Al honor te vendieron, tierno inerte?

De ilícito placer, misero fruto:  
Sin mas toldo que el cielo, ni mas lecho,  
Que el corrompido suelo do naciste...

Lleno el infante corazon de luto,  
Ahí estás desgarrando el blando pecho  
¡Victima de un borron que ya no existe!

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

**El horno del castigo.**

LEYENDA BÍBLICA.

Señales y maravillas ha hecho el Dios excelso en mi presencia.

Biblia. Profecía de S. Daniel, c. III, v. 99.

I.

Era en la tierra de Sennaar, en la soberbia Babilonia y en los tiempos de Nabucodonosor. El poder de este rey era inmenso; Dios se lo habia concedido con la gloria como concede al leon la majestad y la fuerza. Sus ejércitos llenaban la tierra y azotaban las naciones vecinas, como olas embravecidas la indefensa ribera. Egipto, el sabio y poderoso Egipto le estaba sometido. La Persia y la Media, que habian de devorar despues esta gran monarquía simbolizada en la cabeza de oro, se estremecian de espanto al eco de sus triunfos; la Judea, tan guerrera en los dias de David, tan rica y potente en los de Salómon, no era conocida. Nabucodonosor subió á ella y la sangre la inundó como un rio salido de madre. Sus reyes habian sido apresados y muertos, su templo destruido, sus vasos de oro trasladados á Caldea, y los hijos de Jacob reducidos á la mas dura esclavitud y conducidos á las orillas del Eufrates con sus mujeres y niños, como numerosos rebaños, con sus pequeñas crias.

Y este rey de reyes, á cuyo ademán de enojo los pueblos y naciones cedian y se humillaban como los ramos de la selva al impulso del viento, hizo construir una estatua, y que puesta en el campo de Dura, todos le adorasen en ella, pereciendo en un horno ardiente quien á ello se negase.

Al punto se congregaron los sátrapas, jueces y magistrados con todos los demás grandes del reino, y acudiendo al campo de Dura adoraron, al son del arpa y el salterio, la estatua de oro.

Mas la envidia y la iniquidad que tenian morada en el corazon de muchos hombres, regocijaronse con el decreto del rey, y levantando sus cabezas de víberas, impelieron á algunos caldeos á la presencia del monarca, donde acusaron á Sidrach, Misach y Abdénago de como se negaban en su orgullo á adorar la estatua de oro.

A estas palabras que herian venenosas á los hijos de la trasmigracion, la cólera del rey se despertó en su pecho como las olas de un golfo que solivianta la tormenta: su vista fiera y encendida volvióse de uno á otro lado como la del tigre que olfatea la presa; quiso hablar, pero la ira le ahogó el acento en la garganta, y levantándose sobre su trono, terrible y amenazador como la llama de un volcan en la cúspide de un monte, mandó comparecer ante sus ojos á los tres mas hermosos mancebos de la nation cautiva.

II.

Sidrach, Misach y Abdénago, no tenian igual entre los hijos de los hombres. Cuando niños, Asphenez, primer prefecto del rey, los habia escogido entre los mas hermosos y mas nobles del pueblo hebreo, y cambiándoles sus nombres de Ananías, Misael y Azárias, hizo adiestrarles en todo saber, para que familiarizados con las ciencias, pudieran mas tarde servir dignamente en la cámara del rey.

Y Sidrach, Misach y Abdénago ocupaban los primeros puestos del reino, y sin haberse ensoberbecido con su grandeza, ni olvidado de su Dios, echaban desde su altura, como el águila desde el cielo á la roca en que deja su nido, miradas de amor al pueblo de Judá, aliviando en silencio su infortunio y miseria.

Por eso al oír el mandato del rey, no se conturbó su espíritu: ¿qué sabe el lirio en lo alto de su tallo del venenoso insecto que corroe su planta? Y escudado con sus virtudes, como el guerrero con su armadura comparecieron ante el monarca.

Pero la faz del soberano se habia mudado sobre ellos, como la del sol con los velos de la nube: al verles con sus trajes de ricos colores, las altas tiaras que ornaban sus frentes, y las piedras preciosas que relucian sobre sus pechos, vinole á la memoria la esclavitud de Judá, y como desde su oprobio les habia levantado hasta su alteza. Entonces, entre sañudo y sentido, les reconvino por su ingratitude y por no adorar á sus dioses, amena-

zándoles con el horno de fuego, si al punto no doblaban la rodilla y humillaban la cabeza ante la estatua de oro.

Mas Sidrach, Misach y Abdénago, invocando el nombre y el poder de su Dios, resistieron la órden del monarca, como las pirámides del desierto la arena que las combate, y Nabucodonosor en su ira les condenó al instante á perecer entre las llamas.

III.

La noche habia caido sobre la tierra, la ciudad dormia entre la sombra y al abrigo de sus muros coronados de torres y atalayas. La venganza del rey estaba cumplida y la envidia de los magnates satisfecha. Sidrach, Misach y Abdénago, apoyo y sosten del pueblo hebreo habian sido precipitados en el horno. La órden del monarca se cumplió con tal presteza, que ni aun dió tiempo para despojarles de sus brillantes vestiduras. Atados duramente, cayeron en el fuego sin dejar de preferir alabanzas á su Dios.

Y el horno, encendido siete veces mas de lo acostumbrado, despidió durante el dia un hálito de muerte semejante al de un antro del infierno. Y los hombres se alejaban de su radio por miedo de caer sofocados como al soplo del Simoun. Así habian perecido los verdugos del monarca al arrojar á los mancebos.

Todo estaba cumplido y en reposo, solo el pueblo de Judá, rasgadas sus vestiduras y hundida la frente en la ceniza, lloraba por los hijos que habia perdido, clamando en su amargura:

— ¡Oh, vosotros, los que pasais por el camino, mirad si hay dolor como mi dolor: el Señor se hizo como enemigo, red puso á mis plantas y me entregó á una mano bajo de la cual no podré levantarme!

Y lloraba en la sombra, y el Dios que la afligia con aquel azote, contemplaba tan solo su duelo.

IV.

Nabucodonosor tampoco dormia; solo y sombrío paseaba por sus cámaras, cuyas ventanas abiertas le dejaban ver el espacio completamente negro, como un manto de luto sin bordado ni pedrería. De vez en cuando se acercaba á los balcones y quedaba ante ellos en abstraccion profunda. ¿Qué contemplaba el rey en medio de la quietud y las sombras de la noche?

A larga distancia, frente al palacio de los maravillosos pensiles, se extendia el campo de Dura; en él, hacia el Oriente, se levantaba aislada y escueta como un obelisco en el desierto la estatua de oro, y hacia la parte del ocaso un cercado de recias y ennegrecidas tapias, el cual despedia un gran reflejo. Era el horno del castigo. Durante el dia las llamas que se habian cebado sin cesar con haces de leña, con betun y petróleo, se levantaron cuarenta y nueve codos sobre las calcinadas paredes, é inhiestas y agudas como puntas de flechas subian hacia el cielo cual si á llevarle fueran las plegarias de las víctimas: mientras el humo que ciega los ojos como la ira el juicio, borbotaba del cercado en presuroso tropel cual del redil que las encierra ovejas de negros vellones. Por largo tiempo sin aire que le desvaneciera, vagó en torno de las tapias, dilatando al fin sus anillos que aclaraban de color á medida que se alejaban por el espacio. Ahora no se veia, reinaban tan solo las llamas del incendio: asidas á las paredes del horno como la yedra á los muros de una fortaleza, trepaban por ellas, asomaban por sus bordes, los lamian como lenguas de oro, y alargándose al inclinarse por fuera parecian serpientes que quisieran bajar á la tierra de donde se habian levantado.

El rey las contemplaba con extraña fascinacion. A la luz de la hornaza el espacio le parecia mas negro y el pedestal del ídolo mas brillante, mientras la estatua de oro, sepultada en la sombra, desaparecia por completo. De pronto le pareció oír unas voces varoniles, gratas y armoniosas que alzaban, unas veces en la lengua del hebreo, otras en la caldea, árabe y persa, alabanzas al excelso Dios.

Y el monarca cerró los ojos é inclinó la cabeza para no perder una sola palabra del misterioso cántico. Y entre el reposo de la noche oyó como decian:

« Tronos, dominaciones y potestades de la tierra, bendicid el Señor.

» Aves del aire, peces de la mar: bendecidle y glorificadle.

» Plantas y aguas, montes y llanos: ensalza su poder.

» Frios y escarchas, nubes y vientos, lluvia apacible, estrellas y soles: bendecidle y glorificadle.

» Seres de toda la tierra, átomos del espacio, ángeles del cielo, arcángeles y serafines: bendicid al Señor, ensalza y glorificadle por los siglos de los siglos. »

Entonces Nabucodonosor, levantando la frente, abrió los ojos, y mirando la hornaza, lanzó un grito, llamando asombrado á sus guardas y magnates.

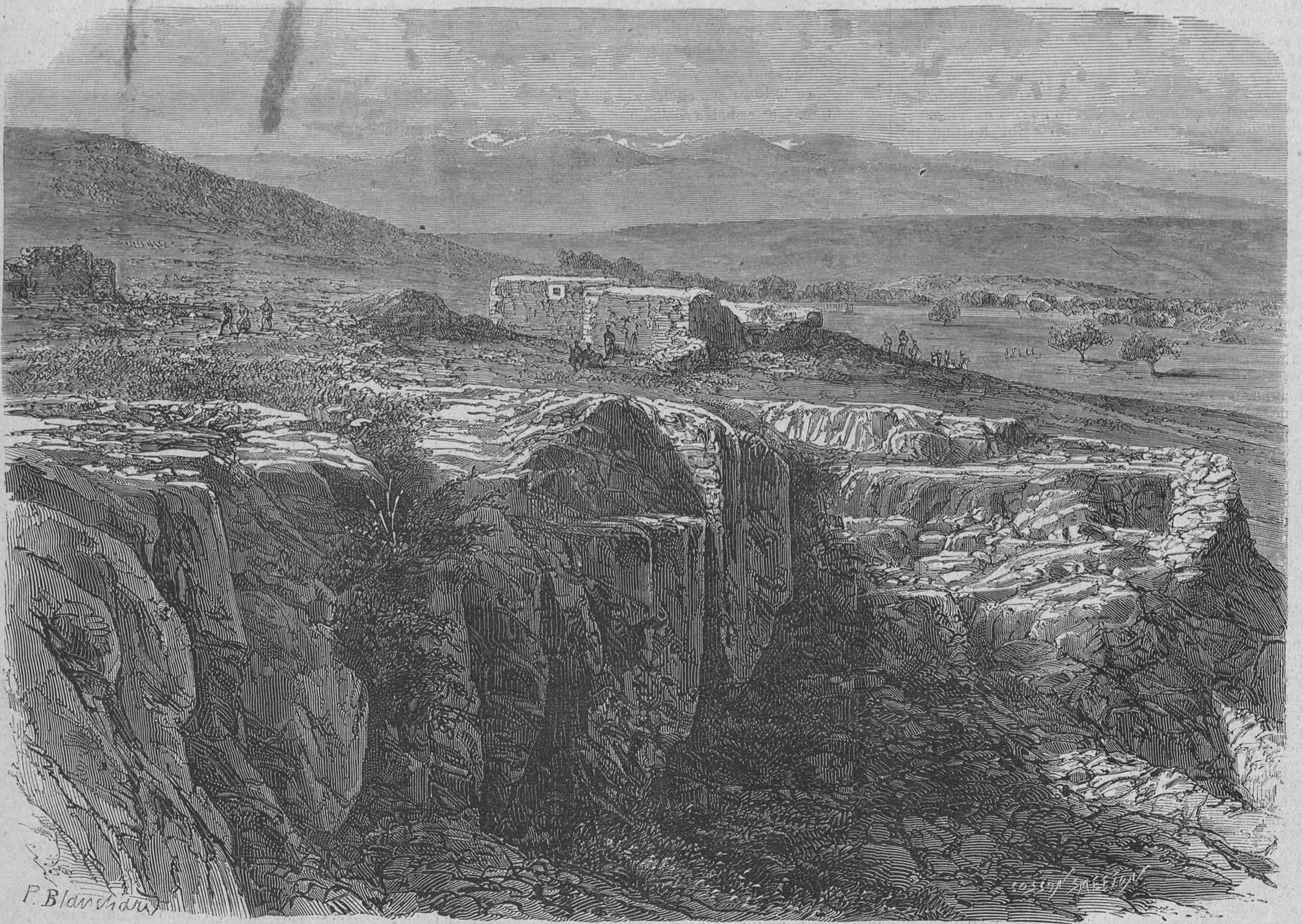
Al punto la córte toda se despertó aterrada como esclavos en reposo al látigo del sobrestante. Y al verles el rey, preguntó con acento terrible:

— ¿No eran tres los hombres que atados mandamos arrojar en el horno?

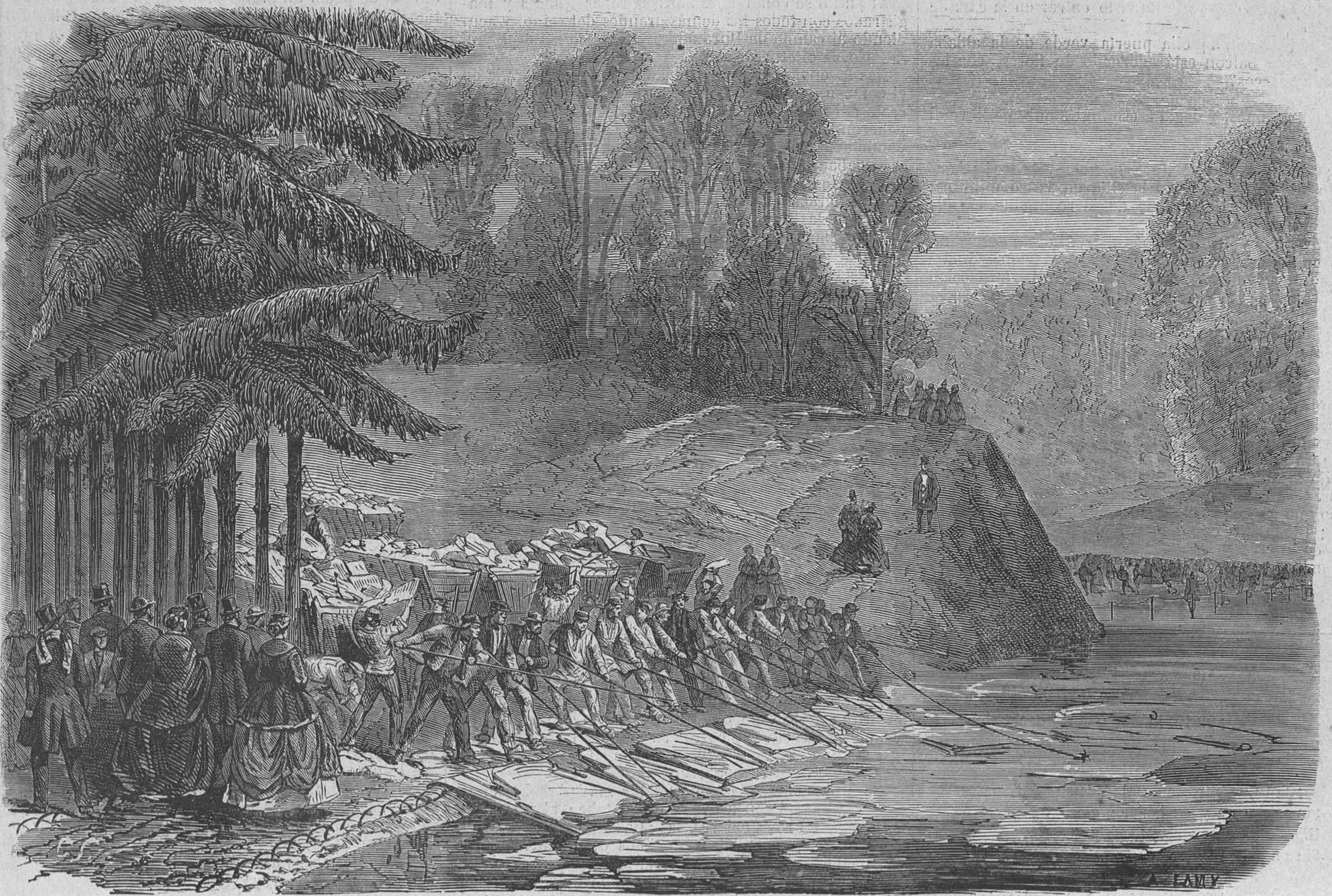
Y los grandes, humillándose hasta la tierra:  
— Así es, ¡oh, rey! respondieron.  
— Pues mirad, dijo el monarca.

Y extendiendo su brazo desnudo adornado con ricos





ISLA DE CRETA. — Vista de los Montes Blancos.



La recoleccion del hielo en el lago de la Emperatriz, en el bosque de Boulogne.



brazales, señaló con trémula mano el horno que aun ardía.

Las llamas habían huido de su centro y aplandose en sus costados como un día las aguas del mar Rojo contra las montañas que le encierran, dejaban un espacio libre, cual le dejó el Eritréo para el paso de Israel. Y en aquel estrecho ámbito cercado de fuego como de divinos resplandores el trono de Jehová, se paseaban los tres hebreos, la hermosura de sus vestidos, la riqueza de sus tiaras y el brillo de sus collares resplandecían á lo lejos, mas que los brillantes y zafiros de la corona del monarca. Un varón desconocido, cuyo traje y cuya faz asemejaban al sol, caminaba á par de ellos.

Los grandes, enmudecidos por el asombro, cayeron á los pies del monarca. Mas Nabucodonosor, llegando súbito á la boca del horno, gritó con voz fuerte:

— Sidrach, Misach y Abdénago, salid aquí. Al punto comparecieron los tres mancebos sin traer sobre sus ropas, sus rostros ni sus cabellos señal alguna de la llama, ni aun el enojoso aroma del humo que impregna cuanto toca.

— ¿Quién estaba con vosotros? ¿Quién os ha librado de mi furor? demandó con afán el rey, dudando de sus sentidos.

Y Sidrach, Misach y Abdénago respondieron:

— El Señor nuestro Dios, envió su Angel para que esparciese cerca de nosotros un viento fresco como de rocío, mientras en el horno de fuego bendecíamos su poder y cantábamos sus alabanzas.

Y el rey entonces ensalzó á Sidrach, Misach y Abdénago, y cayendo sobre su rostro, exclamó:

— Bendito sea el Dios de ellos, porque sus prodigios son grandes,

sus maravillas fuerte, su reino un reino eterno y su poder de generacion en generacion.

M. M. DE VIVES.

**Roma.**

Hé aquí otro dibujo que continúa la serie comenzada ya, de los que representan curiosidades de Roma. Nada mas interesante que el hecho figurado en este dibujo, ó sea la *Predicacion de los Niños* en la iglesia de Ara Cœli. Esta ceremonia es curiosísima. Sin duda la Iglesia la instituyó en memoria de la leccion que dió Jesus siendo niño á los doctores de la ley en el Templo. En Roma es una práctica antigua, que se efectúa todos los años desde Navidad hasta Reyes, y atrae una crecida concurrencia. Sobre todo los extranjeros tienen mucho gusto en asistir á esta predicacion, en la que una criatura enseña á las personas mayores. Seguramente, estos inocentes doctores aprenden anticipadamente la leccion; pero debo añadir que saben recitarla perfectamente, y no dejan de producir su efecto. ¿No es esta ocasion de decir que la verdad sale de boca de los niños?

Z.

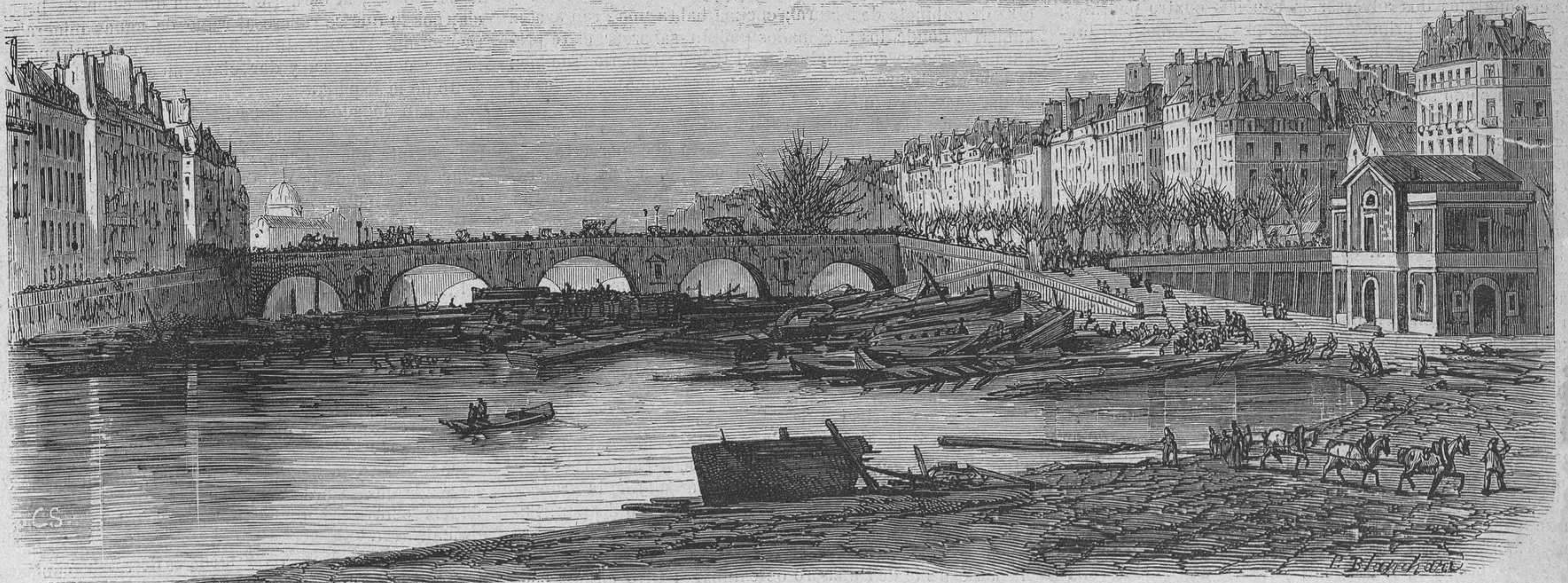
**El accidente**

DEL PUENTE MARIE EN PARIS.

En la noche del 24 de enero, la violencia de la corriente del Sena, provocada por la crecida súbita de las aguas, ha producido un gravísimo accidente. Una flotilla de barcos de carbon rompió sus amarres, y arrastrada rápida-



ROMA. — Predicacion de niños en la iglesia de Ara Cœli, en la época de la Epifanía.



Accidente del puente Marie en Paris, á consecuencia de la crecida de las aguas.



mente por el río, vino á estrellarse contra los pilares del puente Marie. Por fortuna, no ha habido que deplorar la muerte de nadie; pero los daños causados á los propietarios de los barcos sumergidos son considerables, y se calcula en ciento cincuenta mil francos la cifra de las pérdidas.

Inmediatamente se comenzaron los trabajos con la mayor actividad para salvar los cargamentos de los numerosos barcos detenidos delante del puente Marie.

Se cuentan cuatro grandes barcos cargados de carbon de leña, y seis de carbon de piedra, que se han ido á pique, y cuyo cargamento, sobre todo el de carbon de leña, mas ligero que el agua, era arrastrado sin cesar por la corriente del río.

El carbon de piedra se fué al fondo.

Desde el puente de Luis Felipe hasta el de Passy habia marineros armados de varas guarnecidas con redes, que recogian el carbon de leña llevado por el agua.

La muchedumbre que se renovaba incesantemente, era enorme en los puentes y los muelles para observar á los trabajadores.

L. C.

## Revista de Paris.

Está ya bien visto que el club de los patinadores no tiene suerte. Cuando creia que tenia en perspectiva una temporada de continuas fiestas, hé aquí que de repente y en medio del espléndido espectáculo nocturno, que verán representado nuestros lectores en uno de nuestros dibujos, el termómetro comienza á subir, y en la mañana siguiente aparece Paris convertido en laguna. Sin embargo, la fiesta se dió, con una concurrencia extraordinaria de patinadores y patinadoras. No hay para qué advertir que en ejercicios de esta especie sobresalen los hombres del Norte, y así fué que en la noche á que nos referimos, los honores de la funcion fueron para un ruso del mundo aristocrático, que no solo corria por el hielo con una soltura envidiable, sino que dejó esmaltada la tersa superficie de arabescos, flores y dibujos de toda clase. De todas maneras, aunque la funcion estuvo brillante, lo que no nos cuesta trabajo reconocer, diremos que nuestro deseo es que no se repita, á lo menos por este año, mal que les pese á los patinadores. El temor de que esto suceda hizo apresurar la recoleccion del hielo en los mismos lagos del bosque de Boulogne, curiosa operacion que nos ha parecido digna de otra lámina.

Entre las noticias de los bailes y fiestas de la sociedad aristocrática que los cronistas del gran mundo han dado esta semana en los periódicos, se ha hablado mas que de costumbre de lances de honor que, no obstante el correctivo de los tribunales, menudean cada vez mas en esta capital que se tiene por cabeza de la civilizacion en el siglo XIX. Por lo que estamos viendo, esto de apelar á las armas por la contienda mas insignificante se va haciendo como una cuestion de moda y de gran tono en los círculos aristocráticos. Prueba de ello es el desafio que ha tenido lugar últimamente entre el vizconde de Chazot y M. Hauttement, cuyos pormenores vamos á consignar en esta revista, si quiera sea para dar á conocer las enérgicas palabras pronunciadas por el procurador imperial contra semejantes lances. El duelo, motivado por un dicho de M. Hauttement acerca del vizconde de Chazot, se efectuó á corta distancia de la ciudad de Caen, en presencia de los padrinos y habiéndose guardado todas las formas que se usan en tales casos. Los adversarios se batieron con espada: M. Hauttement hirió á su contendiente en la garganta, al propio tiempo que recibia él una estocada en el hombro; pero afortunadamente, ni la una ni la otra herida fueron graves.

La justicia informó como era consiguiente, y en virtud del mandato judicial debieron comparecer ante el tribunal correccional los dos adversarios con sus cuatro padrinos, procesados los dos primeros por golpes y heridas con premeditacion, y los padrinos como cómplices del mismo delito.

Hé aquí cómo sostuvo la prevencion el procurador imperial, M. Dubus:

«Lo que pido, dijo, no es una mancha para estos hombres, á quienes todos darán la mano al salir de esta audiencia; sino una pena y una advertencia. ¿Cómo, en efecto, se han de tolerar hechos semejantes? Hé aquí seis personas que el 22 de diciembre combinan friamente un desafio á las puertas de Caen, como si nada les importasen los magistrados ni la ley: deliberan sobre la eleccion de armas, compran espadas, toman carruajes, hasta previenen á un facultativo, y en la mañana siguiente se batien. Es cierto que las heridas fueron leves; ¿pero no resulta del desenlace mismo del combate que los combatientes tenian mas probabilidades de darse muerte que de salir salvos? El uno queda herido en la garganta y el otro cerca de la arteria maxilar: un poco mas, la muerte. Uno de los padrinos da un paso para detenerlos; pero si se detienen es porque ambos á dos están heridos. Se dice que se batian hasta la primera sangre... ¡Ah! Concluyamos de una vez con esta expresion de Fousseau. ¿Acaso la primera sangre no puede ser una herida mortal?»

» En cuanto á la parte de culpa de cada uno es fácil señalarla, y sin duda alguna, la parte mayor corresponde al vizconde de Chazot y á sus amigos. M. de Chazot se las habia

con un hombre mucho mas jóven que él; ¿y no fué él quien, aunque habiendo tenido la eleccion de las armas, habia provocado el desafio? ¿Los padrinos! ¿En dónde está el tiempo en que reinaba en esta materia aquel tribunal de honor establecido por Luis XIII, y que se componia de hombres experimentados que dominaban á todos los demás por su edad, por su pasado, por la consideracion que les rodeaba? Muy lejos estamos hoy de aquella época. En la contienda que nos ocupa, hé aquí para jueces entre las partes, por M. Hauttemant unos jóvenes de veinte y uno y veinte y tres años, y por el vizconde de Chazot, hombres de mas edad; uno de treinta y tres años y el otro de mas de cuarenta. Y estos, que no tienen ya la excusa del ardor de la juventud, no procuran arreglar el lance; ¿qué digo? hasta declaran que era imposible arreglarle, como si fuera imposible impedir que se dieran muerte dos criaturas humanas.

» El tribunal los condenará á todos, y al lado de esta leccion habrá otra que resulta de la causa y la domina: cuando el hombre se resigna á llevar la vida de familia, sin entregarse á ciertas distracciones mas ó menos ilícitas, no se expone á que su nombre sirva de pasto á las murmuraciones públicas.»

Los jueces aplicaron á entrambos adversarios la misma pena; seis dias de cárcel y 50 francos de multa, y á los padrinos los mismos dias de encierro y 16 francos de multa á cada uno.

Lo que se habla y se escribe en la actualidad sobre la Exposicion universal es indecible. Todo se vuelve cosas extraordinarias, lo mismo que si este gran concurso de la industria y las artes de todas las naciones no fuese en verdad sino una exhibicion de rarezas, curiosidades y fenómenos. Dejemos á un lado la parte fenomenal, invencion de los especuladores, para ocuparnos de algunas de las cosas que merecen fijar la atencion de nuestros lectores.

Lo que sin duda alguna ofrecerá un interés particular, será todo aquello que se refiera á costumbres locales.

Por ejemplo, en el gran parque que aparece ya cuajado de construcciones, se verá en la seccion correspondiente á Suecia y á Noruega, una cabaña habitada por una familia de lapones. Junto á la choza estará el trineo.

Los suecos hacen lo que los rusos y los tunecinos: procuran atraer visitantes con la rareza de su exposicion, y una vez establecida la corriente, no faltará quien se fije en los productos serios.

Así, para hacer notar sus maderas, sus aceros y sus paños, los suecos han construido, al estilo y con madera de su pais, una gran habitacion, segun el modelo de la de Gustavo Wasa.

Los moldo-válacos son los mejores confiteros del mundo, y al lado de sus conservas, el famoso hatchis no es mas que una insípida compota. En cambio, estas confituras ejercen una influencia deletérea en las costumbres, razon por la cual el principe Carlos de Hohenzollern las tiene, segun dicen, una aversion decidida.

Tambien podremos observar las costumbres rumanas. Una familia habitará su *bordei* ó casa de campo, ocupándose en el trabajo nacional, que consiste principalmente en guisar y en comer. Lo que mas consume el campesino rumano, son sandías de gran tamaño, que el pais produce casi sin cultivo. Los trajes son magníficos: sobresale en ellos un exquisito aseo, y los colores mas usados son el rojo, el amarillo y el blanco. Los rumanos se cuidan menos de su persona y de su habitacion, que de su atavío. Así el *bordei* será simplemente un hoyo, resguardado por un techo de paja, donde habitarán hombres y animales.

Serán tambien muy notables las exposiciones de Marruecos, el Japon y la China.

Marruecos tendrá una gran tienda imperial de seda y oro; el Japon pabellones de diferentes formas, y el reino de Siam nos ofrecerá una exposicion de elefantes.

El pabellon de la China es elegantísimo y se halla rodeado de un bazar lleno de objetos curiosos. Dentro de este pabellon habrá dos salones, uno que servirá de museo y otro de gabinete de lectura; encima habrá una gran azotea cubierta, donde los aficionados podrán saborear el té preparado como se acostumbra en el Celeste Imperio. Tambien se dice que habrá cómicos chinos; pero ¿qué no se dice en el dia cuando se habla de la Exposicion?

En el compartimiento de Egipto veremos las preciosas antigüedades del museo de Balbek, sin que por esto deje de estar representado el Egipto moderno, mediante cierto número de construcciones, en las que habrá industriales de todo género que tendrán allí su vivienda.

La exposicion rusa va tomando ya un aspecto imponente. La habitacion de los seis mugicks y las máquinas agrícolas ocupan un vasto espacio, cubierto al estilo ruso. Para los comisarios imperiales se está levantando un bonito pabellon de madera labrada.

En el centro de la seccion está el *isbah* ó casa de labrador, hecha con grandes troncos de abeto sobrepuestos horizontalmente.

Hé aquí la descripcion de esta casa:

La planta baja está ocupada por las cuadras. Una escalera exterior conduce á la habitacion de los esposos, y otra mas pequeña á la de los niños. En un ángulo de la primera hay una inmensa estufa de barro y un horno de pan. Encima se echa ceniza, y sobre esta ceniza, que está siempre caliente, duermen los habitantes. En el verano se acuestan en una especie de camastro de campaña. Otro ángulo contiene un altarito muy pintado y dorado, en el que se ve una Virgencita negra, debajo de la cual está la pila para

los Santos Oleos. Una lámpara arde constantemente delante de este santuario del hogar doméstico, que se llama un *ichon*. Las rusas salen á peinarse todos los dias al descansillo superior de la escalera, y les gusta mucho tomar baños en esta forma: calientan el fondo de su estufa y ponen allí un vaso con agua, que se convierte rápidamente en vapor: los individuos de la familia se desnudan y se meten uno á uno dentro de la estufa; así que se han humedecido bien, se les retira de este baño de vapor y se les abriga.

El espacio destinado á las cuadras es grandísimo: consta de un local donde los caballos estarán colocados paralelamente al muro, para que se puedan examinar mejor en detalle. En este local habrá 10 caballos escogidos. La cuadra, propiamente dicha, contendrá 14 caballos de lujo, siendo el precio de cada uno de ellos de unos 20,000 rublos. Dispuesta de manera que permita una vigilancia constante de la cuadra, está la habitacion de 10 mugicks, los cuales duermen en el suelo.

No muy lejos hay una *yurta* ó habitacion de cosacos y tártaros nómadas, que parece una colmena, sin abertura al parecer, donde tiene un agujero. Las yurtas suelen á veces estar ricamente adornadas por dentro. Cerca de ella hay clavado un palo muy alto, de cuya punta cuelga un tonel abierto, con una rama de árbol bendita. Esto se llama la percha de los estorninos. Allí anidan las aves viajeras, y esto lo tienen los rusos por agüero feliz para su casa.

Por último, se colocará un poste de madera, semejante á los que hay en los caminos rusos, indicando el número exacto de werstes entre San Petersburgo y el Campo de Marte.

Otro de los espectáculos que no dejará de tener muchos espectadores en el parque, será el *aquarium* de agua dulce que se construye en el jardín reservado de la exposicion de horticultura.

Una cascada cubrirá con su cortina la entrada de una gruta, desde la cual se pasa á otra subterránea, que conduce á su vez al *aquarium* marino. Estando dentro de este *aquarium*, verá uno el mar por encima y al rededor de sí, y le verá con sus habitantes, con sus misteriosas sombras, y con los rayos de luz que refractará la movable bóveda del lago.

De esta especie de fanal submarino se saldrá por dos grutas, colocadas una encima de otra.

En cuanto á espectáculos de otro género, debemos anunciar que la comision imperial ha concedido á uno de los hombres científicos franceses (cuyo nombre ignoramos hasta ahora), un espacio de terreno dentro del recinto de la exposicion, situado al lado del edificio del club internacional, con privilegio exclusivo para dar y hacer dar en él conferencias de dia y noche. El edificio entero costará 50,000 francos, y deberá estar acabado antes del 1º de abril. El anfiteatro, dispuesto en gradas, tendrá suficiente sitio para que se puedan colocar en él 500 oyentes. El periódico *les Mondes*, que es el que da esta noticia, no publica todavía el programa de las conferencias, que será muy variado, y únicamente dice que satisfará plenamente las aspiraciones de los gobiernos y los expositores, y que las celebridades de la ciencia y de la industria nacionales ó extranjeras tomarán de seguro parte en ellas.

A todo esto nada hemos dicho aun de la exposicion española, porque hasta el dia nuestras noticias sobre este punto eran escasas; pero hoy que tenemos á la vista la reseña oficial de las tareas de la comision publicada en el diario oficial de Madrid, podemos llenar este vacío.

Segun dicho relato, la comision ha logrado obtener un espacio de 1,900 metros, esto es, 500 metros mas del que ha tenido en las anteriores exposiciones universales en Londres y en Paris. Las excitaciones de la comision han sido generales, minuciosas y repetidas. Ha habido circulares para los labradores, ganaderos, artistas é industriales; las ha habido asimismo para el real Patrimonio, reales Academias, Biblioteca nacional, museos, personajes de la nobleza y particulares de conocimientos especiales, la Escuela de minas, la de montes, la de agricultura, la direccion de beneficencia, por lo que se refiere al ramo de aguas minerales, tan rico en nuestro pais, todas han tenido especial encargo de formar colecciones, y dar clara muestra del estado presente de la España.

Ya han llegado á Paris casi todos los objetos destinados á la exposicion, y del catálogo formado por la comision central, resulta que España, sin contar los envíos de Ultramar y los de algunas provincias, estará representada por diez grupos de objetos, distribuidos de la manera siguiente:

Grupo primero. — Obras de arte, 54 expositores.

Idem segundo. — Material y aplicaciones de las artes liberales, 80.

Idem tercero. — Muebles y otros objetos para habitaciones, 50.

Idem cuarto. — Vestidos (inclusos los tejidos y otros objetos para uso de las personas), 163.

Idem quinto. — Productos (brutos y trabajados) de las industrias extractivas, 592.

Idem sexto. — Instrumentos y procedimientos de las artes usuales, 111.

Idem sétimo. — Alimentos (frescos ó en conserva) en diversos grados de preparacion, 1,083.

Idem octavo. — Productos vivos y establecimientos de agricultura...

Idem noveno. — Id. id. y modelos de establecimientos de horticultura, 40.

Idem décimo. — Objetos con el fin de mejorar la condicion fisica y moral de la poblacion, 165.



tico. Bebamos mas bien por la ruina del Bearnés, por el éxito de la liga y por la verdadera Iglesia.

— ¡Por la santa union! gritó el bernardino.

— ¡Por el papa! añadió el estudiante de Montaigu.

— ¡Por Belcebú! gritó el de Harcourt fuera de sí; por el Antecristo... juro que arrojo mi copa á la cabeza del primero que no corresponda á mi brindis... ¡Bebamos por Enrique de Navarra y por la causa de los hugonotes!

— ¡Por la santa misa! ese brindis huele á hereje, y no le acepto, repuso el estudiante de la Sorbona.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando recibió en pleno rostro la copa lanzada por su compañero.

En un momento todo fué confusion; cruzáronse las espadas, y las mesas rodaron por el suelo; pero gracias á los esfuerzos del sargento suizo y de Blount, no tardó en restablecerse la tranquilidad.

Entre tanto, el caballero del colete de búfalo, causa principal del alboroto, lejos de tomar parte en la lucha, se estaba riendo á carcajadas.

— ¿Cómo, tunante? gritó el estudiante de Harcourt, cuyo aspecto furioso hacia un contraste extraño con la apatía de su compañero; ¿no tienes una espada para sacarla por tu soberano, ni gracias tampoco para este que le defiende? ¡Por mi alma! que me he engañado. Hermano de la Sorbona, vengan esos cinco. Razon tenias en oponerte á mi brindis. ¡Voto á brios! no hay que esperar reconocimiento ni ayuda de un hugonote.

— Esa disputa ha sido tan solo obra tuya, camarada, repuso el caballero redoblando su hilaridad, pues yo no te he tomado á mi servicio. La buena causa de la religion reformada no necesita abogados tan ruidosos como tú; y el Bearnés no dejará de reirse porque un necio beba á su salud y otro por su ruina.

— ¡Bien dicho! gritó el estudiante de Montaigu; pero dejemos las bromas aparte, y vaya una cancion para restablecer la armonía.

— Sí, entonemos, exclamaron los demás.

— ¿Cuál será la cancion? preguntó el soldado.

— Cualquiera, la *Reformadora*, por ejemplo, replicó el estudiante de Montaigu.

— Acompañadme pues con vuestras voces, dijo el caballero, y contestad á mi estribillo.

Y con voz robusta y sonora entonó una cancion satírica contra los bebedores y las tabernas.

— *Satis superque!* gritó el estudiante de Montaigu. Eso me toca muy de cerca para que me guste. Vaya, si os place, una copla en honor de las damas y el buen vino.

Y con voz vibrante, el aturdido jóven entonó una antigua cancion que empezaba con las siguientes palabras:

« Las mujeres, los dados y el buen vino... »

— ¡Bravísimo! gritó el caballero. Eres un buen mozo, camarada, y te prometo que llenarás tu escarcela si vienes conmigo al campamento del rey de Navarra, y abrazas la verdadera doctrina, dejando tus antiguas costumbres. ¿Qué te parece?

— En el campamento de tu rey abundan mas las cuchilladas que los escudos, repuso el estudiante de Montaigu; y ya que venda mi alma á Satanás, quiero al menos recibir el dinero contante. Pero luego hablaremos de esto, camarada: por lo pronto, canta una de esas coplas que sabes, mientras yo apuro mi copa.

— ¡Voto á sanes! murmuró el caballero sonriendo bajo el rebozo de su capa; si mi fiel Rosny hubiese previsto que durante su ausencia iba yo á desempeñar el papel de amante de una posadera y bufon de una banda de estudiantes hostiles á mi causa, no me escapo de un sermón mas largo que ninguno de los pronunciados por Calvino. Pero no importa; es preciso romper la monotonía de la vida, y sabio es aquel que sabe aprovechar los momentos.

Con esas reflexiones filosóficas entonó una cancion, cediendo á las instancias del estudiante; y lo hizo con tal gracia y un aire tan cómico, que á los pocos momentos todos sus oyentes prorumpieron en estrepitosas carcajadas, incluso el cabizbajo y pensativo Ogilvy.

En el momento de terminar el caballero su cancion, en medio de un trueno de aplausos y risas convulsivas, quedóse de pronto absorto al percibir dos recién venidos, que sin ser vistos habian penetrado en la hostería, y parecian contemplarle con aire de marcado disgusto, aunque sin atreverse á interrumpirle.

Pasados algunos momentos, acercáronse lentamente á la mesa. El primero de estos dos personajes era un hombre de edad madura y aspecto severo, que vestia un traje completo de guerra.

Cubria su cabeza un brillante casco, adornado con una sola pluma, y pendiente del costado llevaba una larga espada de dos filos, y una daga de las llamadas en los combates *misericordia*.

Su compañero vestia la negra capa de Ginebra y la valona, que constituian el traje de predicador de la nueva secta. Era un hombre venerable, de cabellos blancos y encorvado por la edad. Apoyábase para andar en un fuerte baston; pero el fuego de sus ojos y su mirada inteligente revelaban que aun no se habian apagado en aquel espíritu el ardor y el entusiasmo.

— ¡Diablo! exclamó mentalmente el caballero, retirando su silla y levantándose para saludar á los extranjeros. ¡Rosny aquí, y mi anciano preceptor el doctor Cristian! ¡Pardiez! su encuentro en este instante no es feliz, pero es preciso tomar las cosas como vengan.

Y mientras estos pensamientos cruzaban por su mente, saludó con respeto el anciano; y cambiando una mirada de inteligencia con su compañero, retiráronse los

tres personajes á la parte mas solitaria de la hostería.

— No esperaba encontrar á V. M. ocupado de este modo, dijo Rosny con tono de reproche, tan pronto como se hallaron fuera del alcance de la voz. Parece que el rey de Navarra podria pasar su tiempo mas dignamente y con mas utilidad en otra parte que no aqui, entre estos licenciosos estudiantes.

— ¡Chut! Rosny, contestó el caballero, que no necesitaremos decir era Enrique de Navarra; yo no soy un monarca para estos estudiantes calaveras, y si quisiera darte una explicacion á tí, para quien soy un rey, te convenceria de que he obrado sin menoscabo de mi valor y sabiduria, y solamente con el objeto de sostener mi incógnito.

— Mejor seria haber reprimido la licencia y osadia de esos tunantes, señor, repuso severamente Rosny. En vuestro lugar, y al instarme á que cantase, yo les hubiera ofrecido una de esas lúgubres baladas que tanto desagradan á nuestros enemigos.

— Y se hubieran burlado de tí, dijo Enrique; créeme, mejor es lo que yo he hecho.

En aquel momento oyóse la voz del estudiante de Montaigu, que gritaba á voz en cuello:

— ¡Eh! soldado de la verdadera fe, venga otra cancion antes de irnos al torneo. No hagas caso de la reprimenda de tu jefe; nosotros te defenderemos.

— ¿Oyes? dijo Enrique sonriendo; esos aturdidos piden á voces mi vuelta. ¡Voto á sanes! Rosny, estoy casi tentado á enviarte en mi lugar. Me agradaria ver qué efecto producen tus dolientes quejas entre esa ruidosa hilaridad. ¿Quieres ir á ocupar mi puesto?

— Obedeceré á V. M., contestó Rosny, pero no respondo de las consecuencias.

— Ve entonces, dijo Enrique sonriendo, pues mereces algun castigo por tu imprudencia. ¿Cómo diablos te ha ocurrido traer aquí al viejo Cristian? Con tu experiencia, debiste suponer alguna escena parecida á esta, y no exponer á tu soberano á ser descubierto en sus debilidades.

— Seré mas prudente en lo futuro, repuso Rosny con cierto acento mezclado de ironía; pero despues de haber prometido enmendaros, yo no debia dudar de la palabra de mi soberano. El doctor Cristian, á quien he encontrado por casualidad esta mañana, tiene que hacer á V. M. una comunicacion importante, y por eso le he traído aquí.

— Has hecho bien, Rosny, contestó el rey; sin embargo, no puedo eximirte del castigo impuesto. Escucha, mis camaradas te llaman: ve á reunirte con ellos, y déjame solo con Cristian.

De nuevo se oyó una explosion de risas de los estudiantes, y la voz del de la Sorbona, que entonaba unas coplas contra los hugonotes.

— ¡Por el santo Evangelio! replicó Rosny, yo daré á esos tunantes su merecido; pero antes de abandonar vuestra presencia, señor, debo advertiros que vuestra escolta se halla en la puerta de Montmartre, y que dos de mis hombres con vuestro caballo esperan en la esquina de la calle.

— Que aguarden, contestó el rey con sequedad; no me pondré en camino antes de la noche.

— ¿Cómo, señor? preguntó Rosny.

— Mi intencion es asistir á las justas que han de verificarse esta mañana en el Louvre...

— Pero Vuestra Majestad...

— Estoy resuelto á seguir mi capricho, y por lo tanto, puedes dejar á un lado tus observaciones sobre este punto. No solamente quiero ver el torneo, sino que quiero romper una lanza en honor de la reina mi esposa, por mas que no se merezca esta atencion de mi parte, despues de haberse negado á reunirse conmigo en Pau. Además de esto, sé que hay cierto caballero escocés que se ha vanagloriado mas ó menos indiscretamente de los favores que le ha concedido mi esposa; y aun cuando esto no sea cierto, tengo empeño en humillar el orgullo de ese atrevido, con tanta mas razon cuanto que me han dicho que es un hábil justador, digno de mi lanza. De todos modos, asistiré al torneo como un simple caballero, y tú te encargarás de buscarme un equipo conveniente.

— Vuestra Majestad no cometerá semejante locura, contestó Rosny severamente.

— Baron Rosny, repuso Enrique con altivez, te he honrado con mi amistad; pero mi indulgencia tiene límites que ninguno, ni aun tú, debe franquear.

— Perdonad mi atrevimiento, señor, contestó Rosny; pero aun á trueque de perder vuestro favor, debo hacer presente el peligro á que os exponeis. Cuando vuestros fieles consejeros os permitieron venir aquí en busca de una esposa infiel, les respondí de vuestra vuelta con mi vida; esta no vale nada, señor, pero advertid que de vuestra seguridad depende la suerte y la prosperidad de todo un reino. Pensad en el peligro á que os exponeis si os descubren; pensad en vuestro largo cautiverio en el Louvre, del cual no ha mucho habeis escapado; reflexionad sobre las funestas consecuencias de vuestro capricho, y vituperad mi celo si podeis.

— Dejadme, caballero, contestó Enrique; ahora deseo hablar con mi anciano preceptor, y despues sabreis mi resolucion.

Inclinóse Rosny, y fué á sentarse á la mesa de los estudiantes designada por el monarca.

Todos saludaron su llegada con estrepitosas risas y numerosas alusiones á los príncipes hugonotes.

— ¡Atencion, señores! exclamó Rosny; habeis conseguido que uno de mis soldados entonara una cancion, y en cambio nos habeis favorecido con una de esas feroces melodías que se oyeron el dia de san Bartolomé. Voy

á daros mi respuesta incontinenti; pero ante todo llenad vuestras copas hasta el borde, y repetid el brindis que voy á proponer. ¡Brindo por la caida del Antecristo, por el exterminio de la liga y por el establecimiento de la verdadera fe! ¡Al! ¡vacilais? ¡por el santo Evangelio! señores, os juro sepultar mi daga en el pecho del primero que no repita mi brindis.

Y sacando su brillante daga, Rosny lanzó una mirada terrible al grupo que le rodeaba.

Un lúgubre silencio sucedió á sus palabras: la alegría de los estudiantes se habia disipado de pronto, y cada cual miraba á su vecino, como si esperase que contestara al insulto. Pero ninguno se atrevió.

— Soy vuestro, caballero, exclamó Blount; yo les haré obedecer.

— ¡El brindis! gritó Rosny, cogiendo por el cuello al estudiante de Harcourt, y obligándole á pronunciar las palabras.

— ¡Por san Jorge! dijo Blount al estudiante de la Sorbona, tú no te escaparás.

— Ninguno ha de escaparse, repuso Rosny; repetid mi brindis ó moris.

Viendo que la resistencia era inútil, todos los estudiantes obedecieron.

— Aun no he concluido con vosotros, señores, dijo Rosny con ironía, pues ya que me habeis hecho oír vuestras insultantes coplas, fuerza será que me escuchéis á mí. No os movais pues, y que ninguno me interrumpa, si quiere evitar la muerte.

— Prestadme vuestra daga, caballero, dijo Ogilvy, incapaz de reprimir su cólera, y lanzándose hácia la mesa; yo me encargo de que os escuchen con la misma atencion que se oian siempre los sermones de nuestro piadoso Juan Knox.

— ¿Y con tan buena voluntad? preguntó irónicamente el bernardino.

— Toma esto á cuenta del castigo que aplicaré al que desobedezca las órdenes del caballero, exclamó Ogilvy, dando un bofetón al estudiante.

Y recibiendo la daga de Rosny, añadió:

— ¡El primero de vosotros que se permita una palabra ofensiva es muerto!

Entonces, en medio de las miradas de cólera reprimida que le lanzaban los estudiantes, el caballero entonó con voz grave y severa la balada de *Carlos IX en Montfaucon*.

Cuando hubo terminado, elevóse entre los estudiantes un sordo murmullo, que tomó bien pronto el carácter de un rugido de cólera.

— ¡Por la puerta del infierno! murmuró el estudiante de Harcourt, casi preferiria morir sin confesion que oír otra vez semejante salmodia. El epitafio de Coligny es mas alegre:

Aquí yace, mas no... para un tunante,  
Semejante palabra es muy cortés.  
Aquí se halla colgado el almirante,  
A falta de cabeza, por los piés.

— Por los piés á falta de cabeza, repitieron en coro los estudiantes, sonriendo con ironía.

— ¡Silencio, por vuestra vida! gritó el escocés con gesto amenazador.

— ¡Por la memoria del buen Tomás Crucé, que degolló por su mano ochenta de estos cismáticos! murmuró el estudiante de la Sorbona al oído del de Harcourt, te juro vengar la afrenta que acaba de hacérsenos en la sangre de ese maldito escocés: *offensam esse vindicabo*.

— Mi espada te ayudará, contestó con el mismo tono el estudiante de Harcourt.

Apenas se hubo separado Rosny de su soberano, acercóse el venerable Cristian á Enrique, cogióle una mano, y aproximándola á sus labios, la estrechó con efusion, vertiendo ardientes lágrimas.

— ¡Oh, amigo mio, querido Cristian! exclamó Enrique con bondadoso acento, os ruego que no lloreis, por que las lágrimas en vuestros ojos son para mí mas cercel-les que las mas duras reprimendas; yo no puedo defenderme contra semejantes armas. Vamos, ¿qué quereis que haga?

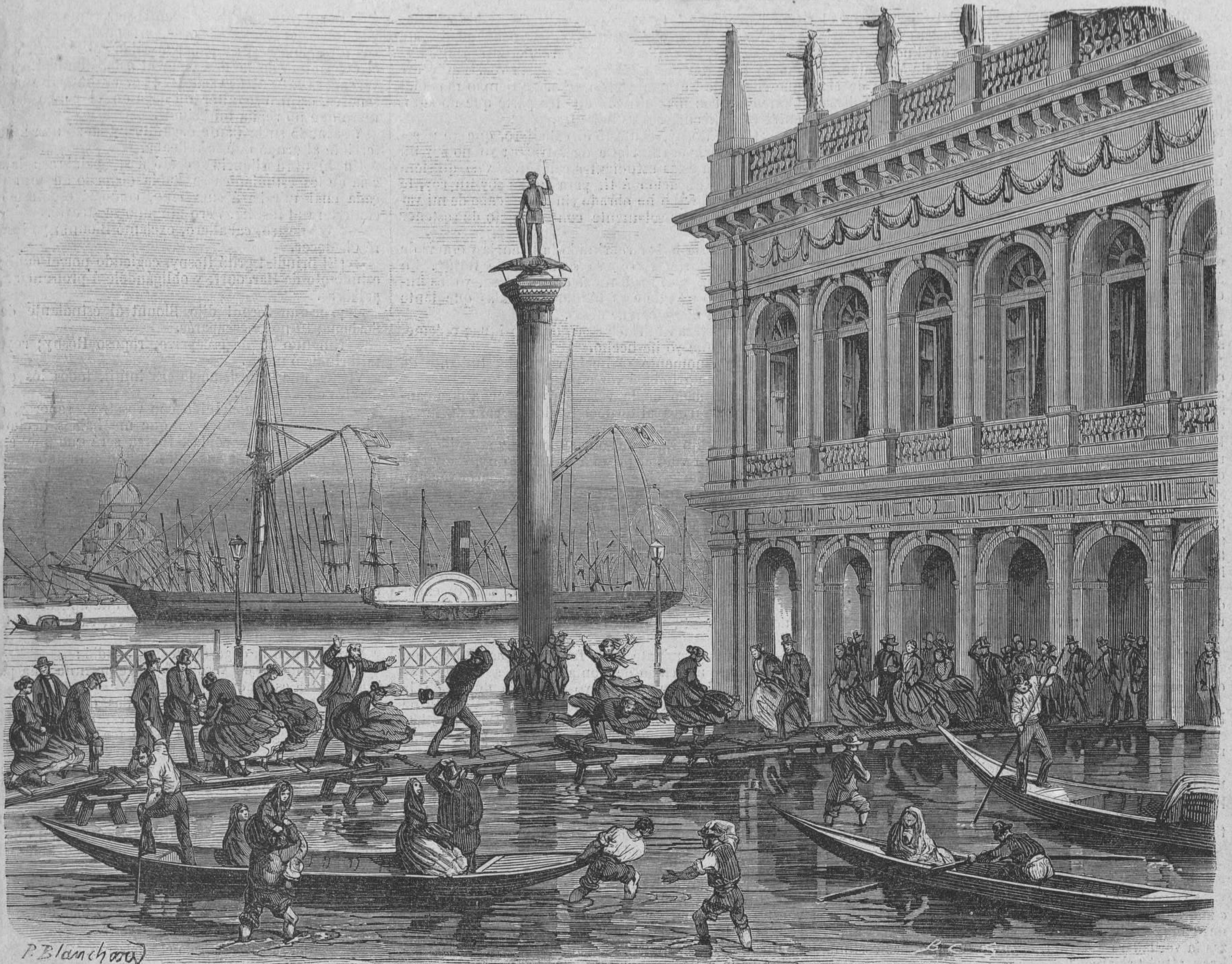
(Se continuará.)

## Una marea extraordinaria en Venecia.

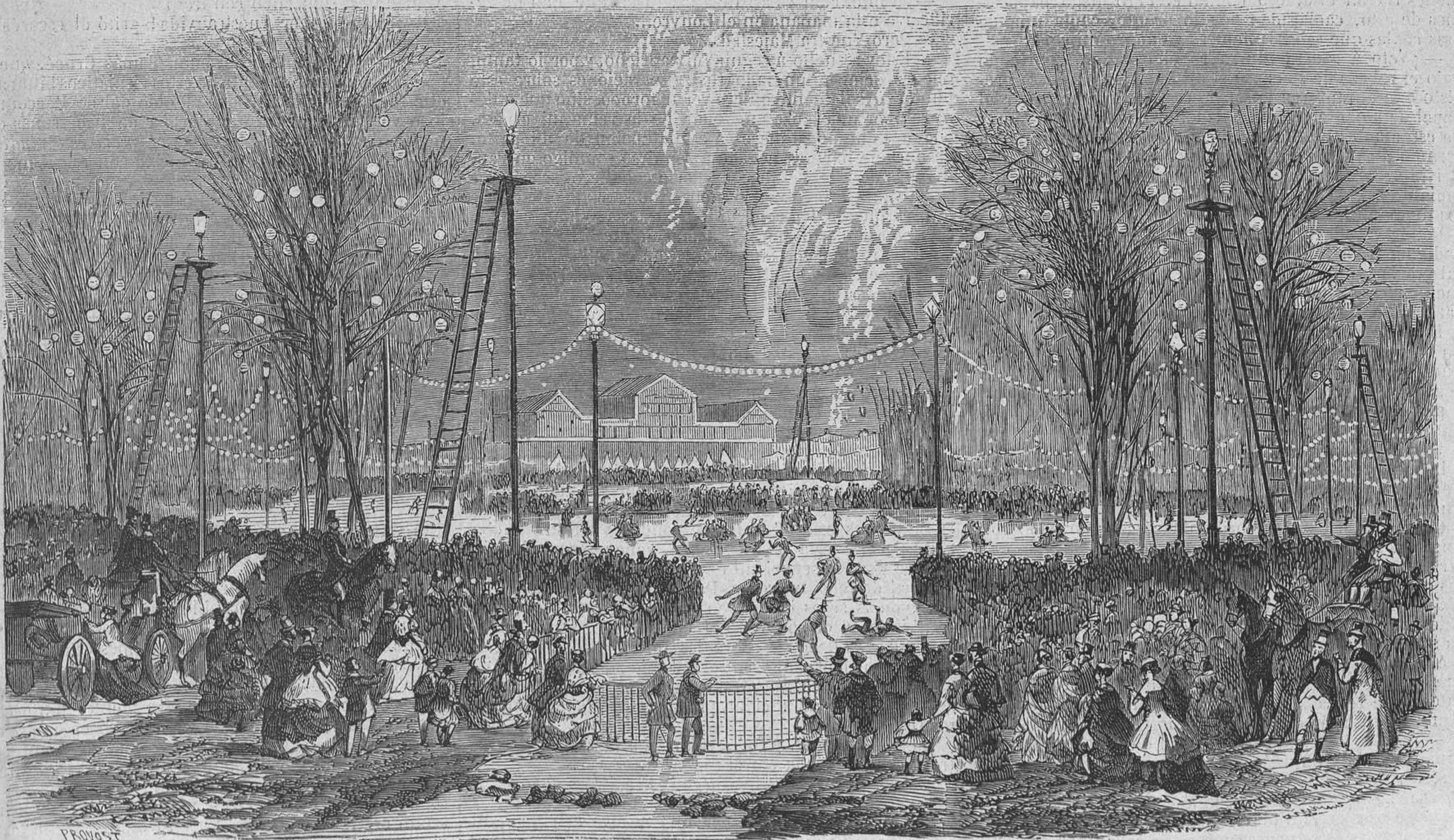
Venecia acaba de asistir al imponente espectáculo de una marea extraordinaria. El 15 de enero último, y durante todo el dia 16, la ciudad entera estuvo completamente inundada. Los pozos y los aljibes estaban llenos, y en muchos almacenes, principalmente en los de la plaza de San Marcos, hubo mercancías averiadas. En cuanto al espectáculo, ofrecia incidentes pintorescos, como verbigracia, el que se ve figurado en nuestro dibujo, tomado en la plazoleta de Santa María, en el momento en que se acababa de establecer allí un puente-cillo provisional para pasar de un lado á otro. Los episodios que ocurrían en este punto eran divertidísimos, segun escribe el autor de nuestro dibujo. Venecia, que vive en el agua, comprendió aquel dia que abundaba demasiado el líquido elemento.

M. D.





Inundacion en Venecia. — Aspecto de la Piazzetta San Marco, durante la alta marea del 16 de enero.



La fiesta de los patinadores en los lagos del bosque de Boulogne. — (Véase la Revista de Paris.)





EL GATO MONTES EN ACECHO, CUADRO DE BODMER.



## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— ¿Y aquella mujer era su madre? preguntó Leticia con asombrosa serenidad.

— Yo creo que no, aunque ellas como á tal la trataban.

— ¡Oh, mis hijas... mis hijas!... murmuró la infeliz inclinando la cabeza sobre el pecho y demostrando al conde con un signo que podía proseguir.

Este, despues de una pausa, exclamó:  
— Su disposicion era admirable; la bondad de su alma angelical, tanto, que las amé con delirio, consagrando muchos años con afanoso desvelo, en hacerlas aprender un arte que hoy rinde á sus piés tantos laureles.

— Mas yo creo no hayan estado en el teatro hasta ahora, dijo el marqués de Pinares.

— ¿Por qué lo sabeis?

— Contestadme antes á una pregunta.

— Decid.

— ¿La mujer que las tenia en su poder, se llamaba Corneja?

— Con ese apodo la distinguian: su verdadero nombre lo ignoro.

— Pues bien, esa misma Corneja las ha tenido mucho tiempo en una hostería de Lavapiés, donde han estado siendo la admiracion de aquellos barrios, hasta que, cansadas sin duda de sufrir los malos tratamientos de esa arpía, se han escapado de su casa.

— ¿Será verdad! ¿Y cómo han conseguido entrar en el teatro?

— Lo ignoro, yo tengo con ellas una deuda de inmensa gratitud, y deseo verlas para que sepan no han hecho tan gran beneficio á un ingrato.

Leticia escuchaba con éxtasis; y oprimiéndose el corazon con las manos, repetía á cada instante:

— ¡Oh, mis hijas... mis hijas!...

La anciana marquesa iba á hacer una observacion, cuando el telon se levantó. Como todos prestaron al espectáculo una grande atencion, se calló, quedando sin embargo muy pensativa y con los ojos fijos en Leticia, la que en pocos minutos habia sufrido un cambio completo.

Su mirada, antes extraviada y delirante, era dulce y grave, sus facciones habianse revestido de una serenidad extrema, y en su pálida y hermosa frente un tanto fruncida, notábase una alteracion; inclinada hácia el pecho, parecia dominada por un pensamiento fijo, profundo, por una ráfaga de cordura.

— ¡Oh, esas niñas... esas niñas! pensaba en sus adentros la del Rio; muy bien puede suceder que sean sus hijas. Ellas han estado en Paris, donde el conde las conoció muy pequeñitas, y allí fueron arrebatadas á su pobre madre. Han vivido con una mujer grosera, innoceble, que acaso las recogiera por caridad ó por especulacion de manos de los bandidos, y á la cual, segun se comprende, no las une ningun lazo de parentesco ni de simpatía, porque estas infelices, dejándose llevar de su genio y de su altivez, la han abandonado, dejando su casa sin remordimiento alguno.

— ¡Oh! esta misma noche es preciso descubrir ese misterio.

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando apareció en la escena Flor del Espino. Multitud de gemelos se fijaron en su agraciada figura; pero con insistencia los del palco número cuatro.

— ¿Encontrais en esa niña alguna semejanza con Leticia? preguntó la del Rio al conde.

Este, que desde luego pensó lo mismo que la marquesa, examinó con cuidado á una y á otra, y murmuró con asombro:

— ¡Oh, y pasmosa, una semejanza admirable!

No queriendo sin embargo fiarse de sí mismo, hizo igual pregunta á Rogelio, el que despues de un examen detenido, contestó afirmativamente.

— En efecto, Flor del Espino era un vivo retrato de Leticia, pues como saben nuestros lectores, su hermosura suave y delicada contrastaba poderosamente con la arrogante gallardía de Rosa.

— ¿Si serán sus hijas, conde?

— Muy bien puede ser, contestó este á media voz; yo casi lo creo, y mas al ver que al grito de la naturaleza ha despertado la razon y la extraviada mente de Leticia. Vedla qué tranquila está, y sin apartar la vista ni un solo momento de las niñas.

— Al verla de esa manera es lo que me ha hecho reflexionar.

En tanto que sostenian esta conversacion la anciana señora y el conde, tenia lugar otro diálogo en uno de los sitios mas retirados del teatro.

Era un palco muy escondido, desde donde se observaba todo sin ser vistos. En su fondo se destacaban dos figuras. El lector conocerá en ellas desde luego á Flora y á la Corneja. Esta no iba vestida con el traje ordinario y grosero que llevaba en la hostería, sino con uno de raso negro, manteleta de lo mismo y una enorme papalina sobrecargada de lazos y adornos.

Su repugnante y apergaminado rostro y su nariz en forma de arco, lucian su espantosa fealdad entre aquella profusion de encajes.

— ¿Y decís que ahora están solas en el palco? preguntó á la baronesa que, escondida entre las cortinas del antepalco, dirigia los gemelos al sitio en que hemos dejado á Rogelio.

— Sí, porque el marqués de Pinares le veo con la del Rio, y sin duda se prepara á ver desde allí el segundo acto, porque se ha sentado con mucha calma.

— Entonces él mismo nos anticipa la ocasion, dijo la Corneja sacando de entre sus vestidos un afiladísimo y agudo puñal.

— Perfectamente; si ejecutais el plan que me habeis propuesto con toda seguridad, el triunfo es nuestro, yo seré condesa del Palancar, y vos adquirireis un porvenir tranquilo y brillante.

— Nada temais; estoy acostumbrada á estos lances, y el golpe irá derecho al corazon; pero decidme, ¿y si no puedo escapar entre la multitud y me prenden?

— Dejaos prender sin miedo alguno, y confesad que sois pagada por la princesa de Florini; como ya pesan sobre este nombre algunas acusaciones, os creerán con facilidad, y en tanto que la buscan, yo os sacaré de la prision. Ya sabeis el poder del oro, y cómo Ataulfo y Atocha están libres, gracias á mis riquezas.

— En eso confio; y además si no cumplis vuestra palabra, declararé sin miramiento alguno que la princesa de Florini y la baronesa de Pereival son una misma persona.

— ¡Eso nunca! articuló aterrada Flora.

— Vuestra conducta asegurará mi silencio.

— Id, y nada temais.

La Corneja, mientras la atencion del público estaba fija en la escena, se dirigió al palco que creia ocupado por la marquesa y Honorata, las que, como saben nuestros lectores, se habian marchado á su casa, debiendo á esta casualidad el no ser asesinada la jóven y bella condesita del Palancar.

## IX.

## LA MADRE Y LAS HIJAS.

La ópera habia terminado.

Aun se hallaban las dos hermanas en el palco escénico recogiendo aplausos, coronas y flores, cuando ya las esperaban en su cuarto el conde, el marqués, Leticia y la marquesa.

Hubo entre estos personajes un momento de indecible afán, en que sus corazones temblaban de emocion, en que sus almas se entendian y esperaban con angustiosa zozobra que la puerta del aposento se abriese, apareciendo en ella las esbeltas y graciosas figuras de las jóvenes cantatrices.

Leticia habia sufrido una trasformacion moral, su corazon despertó de súbito á la vista solamente de aquellas, y la voz de la naturaleza gritó en el corazon de la desolada madre: ¡esas son tus hijas! y la infeliz siguió repitiendo con delirio: ¡mis hijas, mis hijas!

Tambien otro dia hubo sentido aquel impulso supremo á la vista de Rosa en casa del pintor, la duda le ahogó en su pecho, y no estalló como entonces que las veia reunidas y con algun dato para creerlo. Sin embargo, Rosa que conservaba desde la infancia las facciones de su madre grabadas en el alma, la reconoció por instinto, por amor... y medio loca, siguió el carruaje gritando: ¡mi madre, mi madre!... empero su madre no la oyó, y en vez del maternal afecto, encontró la burla y los sarcasmos de los lacayos de su casa.

El aposento en que se hallaban esperándolas, era pequeño, ocupando el centro un magnífico espejo; del balcon pendian colgaduras de damasco, entre estas y el espejo se colocó Leticia por disposicion del conde, que quiso hablar á las jóvenes antes de que viesan á su madre.

Retirado en un ángulo, habia un divan donde se sentaron Rogelio y la marquesa.

El conde permanecia en pié, cuando la puerta se abrió con estrépito, y aparecieron Rosa y Flor del Espino cargadas de flores y coronas, las que cayeron por la alfombra al movimiento que las niñas hicieron por correr hácia el italiano.

— ¡Nuestro querido maestro! exclamaron á un tiempo.

— ¡Hijas mías, qué felicidad volver á encontraros despues de una ausencia tan larga!...

— ¡Y cuánto hemos sufrido! murmuró Flor del Espino desasiéndose de los brazos del conde y apoderándose con efusion de una de sus manos.

— ¡Pobres ángeles! lo creo. Con aquella horrible mujer que teniais por madre; ¿y qué ha sido de ella?

— Lo ignoramos; tuvimos que dejarla, conociendo sus maldades y vivamente persuadidas de que no habiamos recibido el ser en sus entrañas.

— ¿Y con qué datos habeis adquirido ese convencimiento?

— Escuchad.

Rosa, apoyándose en el brazo del extranjero, le dijo con voz conmovida:

— Una noche en que se hallaba en un momento de embriaguez, nos acercamos á ella, y repeliéndonos con fuerza, gritó: «No sois mis hijas; quitad, quitad, aun veo en Paris la figura de vuestra madre, á quien os robé, y su maldicion pesa sobre mi cabeza como una barra de plomo.» Estas palabras nos hirieron en el corazon, comprendimos que era verdad, porque una ma-

dre, por mala que sea, nunca inspira horror ni desprecio, y por aquella mujer sentiamos ambas cosas desde la infancia. Entonces resolvimos abandonar su infame casa, donde solo se respiraba la atmósfera de los vicios, y lo ejecutamos, teniendo la suerte de hallar un hombre generoso que con su proteccion nos hizo entrar en el teatro, adquiriéndonos con el hermoso arte que de vos hemos aprendido una subsistencia honrada. ¡Ay, sin este recurso hubiéramos muerto de hambre!...

— ¡Infelices! ¿Quisiérais ver á vuestra madre? preguntó el conde.

— ¡Ay, es nuestro sueño de ventura! exclamó Flor del Espino con los ojos llenos de lágrimas.

Leticia temblaba de emocion.

La marquesa y Rogelio continuaban medio escondidos sin atreverse á respirar por no llamar la atencion de las jóvenes, que se creian solas con el conde.

— Sus facciones están grabadas en nuestro corazon, exclamó Rosa, y en todas partes la vemos. Si los impulsos del corazon no engañan, ya sabemos quién es.

— Explicaos.

— Una mañana estando en casa de un pintor en la calle de la Cruz, entró una señora pálida, enferma; era la sombra de la que yo habia visto en mis sueños de niña siempre al pié de nuestra cuna y arrullándonos con sus dulcísimos cánticos; la que en nuestros primeros años vertía sobre nuestra frente de ángel el néctar purísimo de las caricias maternales. ¡Oh, si, era ella!... yo la reconocí, ella tambien debió sentir algo en su corazon, porque me abrazó con ternura, llamándome su hija. Mi corazon queria saltar del pecho, sentíame abogada por la emocion. ¡Empero tuve que desprenderme de aquella ilusion querida! La pálida señora lloraba mucho, y otra que la acompañaba me arrancó de sus brazos, haciéndome apartar de su presencia. Obedecí en silencio, bajé á la calle, y en vez de marcharme, me situé en una casa de enfrente, por mirar otra vez la hermosa imágen de mis sueños de niña. Salieron, las ví subir en el coche, que partió á escape. Una fuerza suprema me impulsaba á seguirla, y medio loca, delirante, corrí tras su huella gritando: ¡madre mía, madre mía!... El carruaje paró ante una gran casa en la plaza del Progreso, y yo caí de rodillas en el umbral, llamando á mi madre con un grito del alma; mas solo al final de la escalera pude distinguir los pliegues de su ropaje; entonces, rendida de angustia y de cansancio, me desmayé. Pretendí entrar en la casa aunque fuera á desempeñar los servicios mas humildes, y al oír mi deseo, los porteros y los lacayos me respondieron con crueles burlas, con insolentes sarcasmos... ¡qué dolor!

¡Ah, mi querido maestro, no sabeis cuánto sufrí!... nos tenian por hijas de la Corneja, y esta mujer goza de una reputacion harto dudosa para que sus hijas pudieran entrar en ninguna casa honrada.

— ¿Pero vosotras seguís abrigando la idea de que aquella señora es vuestra madre?

— Sin duda alguna. Despues he llevado á Flor del Espino á que la contemplase, y ha sentido igual emocion que yo; reconociéndola igualmente en la hermosa aparicion que velaba nuestros sueños infantiles. Muchos dias vamos, contentándonos con ver su sombra reflejar en el cristal de los balcones, y enviándola desde el portal de enfrente nuestros ósculos de ternura, nos volvemos á nuestra casa tristes y cabizbajas.

Ninguno de los circunstantes podia resistir su emocion, escuchando el interesante y sentido relato de Rosa. Gruesas lágrimas brotaban de los ojos de la marquesa.

Leticia, en una actitud imposible de pintar, habia caido de rodillas, lloraba y reía, teniendo los brazos extendidos hácia las dos hermanas.

Con objeto de que estas no distinguieran á las personas que habia en el aposento, se habia interpuesto el conde entre ellas y los reflejos de la magnífica lámpara que estaba colocada sobre la mesa. De repente se apartó, dejando que la luz diese de lleno en la pálida figura de Leticia.

— ¿Es esa vuestra madre? dijo extendiendo el brazo en aquella direccion.

— ¡Hijas mías! murmuró Leticia medio ahogada por los sollozos.

— ¡Madre del alma! gritaron las dos jóvenes precipitándose en sus brazos con frenético delirio.

Concibo en mi mente toda la sublimidad, toda la inimitable grandeza de este precioso cuadro, y no hallo tono ni exacto colorido para pintarlo. Mi inexperta pluma considérase demasiado humilde para acometer una empresa tan colosal, y lo dejo, exponiendo únicamente á la consideracion de mis lectores, los detalles de una escena tan tierna como bella y poética.

Por espacio de algunos minutos, solo se escucharon en el aposento sollozos, besos y suspiros, emanados de corazones que yacian oprimidos largo tiempo por un dolor profundo, sin límites, y que al cabo encontraban expansion dulcísima y consoladora.

El conde cayó en un sillón sin fuerzas para sostenerse, y era el único que, al par que de placer, vertía lágrimas de amargura.

Recordaba que tuvo una esposa bella y angelical, un hijo querido, del que únicamente disfrutó las infantiles caricias, y una hija despues, que juzgaba sumergida en las insondables aguas del espumoso Océano.

Las almas tiernas y sensibles comprenderán las sensaciones de cada uno de los actores de la patética escena que acabo de bosquejar, y aunque falta de ánimo para proseguir, corro sobre ella un velo; nuestros lectores continuarán contemplándola con los ojos de la ilusion.



X.

## EL TALLER DE MODISTA.

A semejanza de Alberto, cuando fué á buscar en la casita del valle á su querida Clementina, así Carlos, levantándose con el alba, se llegó por la parte del jardín á ver si Edelmira tenía puesta alguna señal en su reja, por la cual pudiese conocer que le aguardaba.

Era en esa hora misteriosa en que la brisa murmura y las aves de la selva entonan sus primeros cantos. Cuando la naturaleza despierta con los fulgentes rayos de la aurora, empero en la mañana á que nos referimos, no halló nuestro enamorado joven esas agrestes bellezas, sino un cielo encapotado y oscuro, y un venticillo sutil y poco agradable.

— ¡Qué desapacible está la mañana! murmuró embozándose en su ancha capa. Debe haber llovido bastante.

En efecto, los campos estaban húmedos, y de las casi marchitas hojas de los árboles, desprendíanse cual chispas de cristal brillantes gotas de agua.

Carlos llegó á las inmediaciones de la quinta, admirándose de la soledad que reinaba en torno. Hallábanse las ventanas herméticamente cerradas, y en particular las que daban al jardín, que pertenecían al aposento de Edelmira, tenían las persianas corridas, y no se notaba en las rejas la mas pequeña señal.

— ¿Si dormirán todavía? murmuró dando la vuelta á la casa, y admirándose de que ni una sola ventana de las que correspondían á las habitaciones que ocupaban los señores estuviese abierta. Quizá como es temprano duerman todavía; pero Lisa y Edelmira oirán la seña convenida. Probemos.

Se colocó en un sitio desde donde pudo ser oído con facilidad, y remedó por tres veces con inimitable maestría el canto del jilguero.

En vano siguió repitiéndole una y otra vez, solo tuvo por respuesta el gruñido de un enorme mastín que dormía debajo del emparrado.

— ¡Diablo! ¿si se habrán marchado?

Al asaltarle este pensamiento, una ráfaga de ira coloró sus mejillas, y en sus hermosos ojos brilló como un relámpago de odio.

— ¿Me habrá burlado ese bandido de Pereival? ¡Oh, no me queda duda, es él! Rosa me ha dicho cien veces: «detesto á ese hombre.» Y tenía razón; su anti-pática fisonomía predispone contra él con solo mirarle una vez. No puedo creer que sea padre de Edelmira, aquí hay una intriga tenebrosa, y quizá conduzca á un abismo á esa niña inocente. Quise prevenirla anoche, y acaso él lo impediría poniendo de centinela á la cócora de doña Crispina, que es otra buena pieza como su señor.

No pudiendo sufrir su impaciencia, decidióse á llamar á una de las ventanas, por la cual había hablado algunas noches con Edelmira, suponiendo comunicarian con su habitación. Acercóse despacio, y al mover las persianas con objeto de ver si estaban cerrados los cristales, cayó al suelo un papel.

— ¡Hola! esto es un aviso, dijo abriéndole precipitadamente.

Hé aquí su contenido :

« Señor marqués: Vamos á partir esta misma noche á las doce; acabo de saberlo por uno de los criados que tienen orden de preparar el carruaje. La señorita lo ignora sin duda, y está cenando muy tranquila con su padre.

» Aprovecho este momento para decirlos, que si queréis saber de nosotras, vayais á Madrid, pues tan luego como estemos en un puesto fijo, haré que la señorita os escriba, dirigiendo la carta, para que os la entregue, al jardinero del palacio de Florini.

» Vuestra humilde servidora,

» LISA. »

— ¡El viejo taimado, cómo ha sabido burlar mi vigilancia! pero no te valdrán tus tretas, yo la encontraré, y será mi esposa, mal que te pese á tí y á esa orgullosa princesa.

Resuelto á partir en seguida de Valle-Real, se retiró al palacio, y despues de tomar un espléndido desayuno, pues las contrariedades no le quitaban el apetito, mandó enganchar su coche, y sin temor á la lluvia que empezaba á caer de nuevo y con bastante fuerza, tomó el camino que debía conducirle á la córte de las Españas.

Una vez en Madrid, tuvo que tomar sus precauciones para no ser reconocido, suponiendo, y con razón, que la Colasa habría dado parte á la justicia, acusándole de haber sustraído su tesoro, y le buscarían para sepultarle en una cárcel.

En esta idea, fué á hospedarse en una posada, se disfrazó con un traje poco adecuado á su edad, una enorme peluca canosa, anteojos verdes y grandes patillas rubias con algunas hebras de plata.

Deseoso de saber qué había sido de su amada Rosa, hácia la cual, sin embargo de su proyecto de enlace con Edelmira, se sentía un tanto aficionado, dirigió su paso á la calle de Lavapiés.

La hostería estaba abierta, penetró en ella y admiróse de la transformación que sufriera en pocos días. A su antiguo título de *Hostería* habían sustituido el de *Modista*, y vió en efecto en la primera pieza tres ó cuatro muchachas ocupadas en confeccionar algunos trajes de niños.

— ¿No está la señora? preguntó Carlos viéndose dentro y sin saber cómo disculpar su presencia, aunque mas bien creyendo que la Corneja habría cambiado de industria.

Las oficialas le miraron con asombro, una de ellas se levantó y dijo desde la puerta que comunicaba con la trastienda:

— Doña Atocha, aquí hay un caballero que os busca.

En tanto Carlos miraba con curiosidad á las jóvenes, y no reconociendo en ninguna de ellas á Rosa ni á Flor del Espino, hizo un gesto de disgusto.

La llamada doña Atocha salió hablando misteriosamente con un moceton mal encarado, en cuyo rostro lucían unas hermosas y rizadas patillas.

— ¡Hola, tú por aquí perillan! murmuró Carlos para sí reconociéndole.

— Adios, Atocha; dijo el buen mozo, saliendo á la puerta. Hasta la noche.

— Adios, Ataulfo, contestó el joven: ya sabes, esa señora puede venir cuando guste, pues la tienda no se cierra tan temprano.

— Sí, ya lo sé. Adios.

Nuestros lectores habrán conocido á los dos personajes que dejamos en casa del marqués de Pinares, donde fueron sorprendidos, conduciéndolos á la cárcel, y los volvemos á encontrar en la transformada tienda de la Corneja.

Carlos, gracias á su disfraz, no pudo ser reconocido por Ataulfo, y en cuanto á Atocha, era la primera vez que la veía y no tuvo reparo en acercarse á ella.

— ¿Qué se os ofrece, caballero? preguntó esta.

— Deseaba saber, dijo con desembarazo, si tendríais inconveniente en hacer unos trajes para una novia.

— Inconveniente, ninguno.

— Sí, pero es el caso que corren mucha prisa, y deben estar hechos en pocas horas.

— Eso no importa, mis oficialas velarán en caso necesario.

— Tampoco podeis ir á probárselos á su casa.

— Me es igual, si la señorita viene aquí ó me manda uno de sus vestidos.

— Esto será lo mas acertado; sin embargo, lo consultaré con ella, y volveré mañana.

— Corriente, cuando gustéis.

— Adios, señora.

— El cielo os guarde.

— No sé qué pensar de esta transformación, salió murmurando Carlos. La Corneja ni las chicas no están en la tienda, y Ataulfo entra en la casa y trata á la modista con mucha confianza. ¡Aquí hay gato encerrado! No he querido preguntar nada por no despertar sospechas y tener pretexto para volver otro día. Así me ha parecido prudente, veremos. Ahora voy á dar una vuelta por la calle de Segovia, y luego veré á mi amigo Sebastian, al que no tengo inconveniente en descubrirme, porque es generoso y leal, y puedo contar con su auxilio en caso necesario.

Embozóse en su ancha capa, y siguió á lo largo de la calle hasta desembocar en la de la Magdalena.

XI.

## INDAGACIONES.

— Ni la vieja usurera me conoce con este disfraz, ¡imposible! Voy á pasar por su calle, porque francamente, tengo curiosidad de saber cómo ha quedado. ¡Ah, pobre mujer!... en verdad que ha sido una mala pasada; pero si bien se mira, el lazo en que pretendía enredarme no era mejor. ¡Casarse conmigo, ja, ja! ¡bonito matrimonio! ¡semejante espantajo!... ¡Y qué ufana hubiera ido con un mozo de mi temple! en fin, ya se habrá desengañado de que el Carlitos tiene otras aspiraciones mas elevadas. Y no lo puedo remediar, siento bullir en mi mente unas ideas de engrandecimiento, de alta gerarquía, que no sé á qué atribuir las, habiéndome criado siempre tras los viejos cachivaches de la prendería. Esto debe ser porque bulle en mis venas una sangre altiva y generosa; yo debo ser hijo de algun potentado, y nunca mas que ahora debo averiguar los misterios de mi nacimiento. Mi posición, mirándolo bien, no es nada halagüeña. No puedo presentarme con mi nombre, ni hacer ostentación de esas riquezas, sin exponerme á que me prendan. La Colasa habrá dado parte á la justicia, y si me cogen, maldita la gracia que me hará el verme metido en chirón. Lo uno por perder la libertad, que es muy hermosa, lo otro porque mi casamiento con Edelmira acaso se frustrase, y lo peor de todo, porque no me gusta quedarme sin ese dinero que hoy forma mis delicias y la base de mi futuro porvenir. Si, esto es muy cierto, con él puedo sostener mi rango de marqués un poco de tiempo; siquiera hasta apoderarme de la blanca mano y la pingüe herencia de esa romántica niña. Y en cuanto nos casemos, lejos de aquí. A Italia, á disfrutar en los Estados de Florini la magnífica posición con que nos brinda la fortuna. Empero yo antes debo hacer averiguaciones y saber quién son mis padres. Veré á la tia de la Colasa que está en el hospital de Incurables, y ella acaso me sacará de incertidumbre. Tampoco quiero marcharme sin ver á Rosa, ¡pobrecilla, cuán indignamente la he abandonado! ¿qué dirá de mí? que soy un ingrato, un falso... y escucharé de su boca mil improprios, si me conoce desde luego; aunque bueno sería ir disfrazado

por si acaso... Ellas deben seguir viviendo en el taller de la modista, mañana me informaré.

Embebido en estas y otras reflexiones por el estilo, llegó el audaz mancebo á la calle de Segovia. Recorrió ambas aceras de arriba abajo, mirando á todos lados con curiosidad. Por último, se puso enfrente de su antigua casa. Dirigió al interior miradas recelosas, y no fué pequeño su asombro al encontrar la prendería igualmente transformada que la hostería de la Corneja. Variando únicamente, que en esta se había establecido una modista, y aquella, desprovista de todos los muebles y baratijas que antes la obstruía, hallábase desalquilada, ocupándose los albañiles en blanquear las paredes.

— ¡Hola! murmuró para sus adentros. Parece que á la Colasa no le ha gustado permanecer en su antiguo nido. No sé á quién preguntar. Pero, calla, aquí está la señora Gervasia, la noticiera del barrio, y ella me dirá mas de lo que quiero saber.

Dirigióse á la viejecita que, sentada á la puerta de su casa, se ocupaba en hacer calceta.

— ¿Tendréis la bondad de decirme, buena señora, dijo Carlos, si está desalquilada aquella tienda de enfrente?

— Sí, señor; desde que se vendieron judicialmente todos los muebles que á fuerza de años y usuras había ido hacinando en ella la pobre Colasa, nadie ha entrado á habitarla.

— ¡Judicialmente decís! ¿pues cómo ha sido eso?

— Muy sencillo. La Colasa era una de esas mujeres á quien se las figura que porque tienen mucho dinero, pueden aspirar á casarse con quien quieran, y se le antojó hacerlo con un pobre expósito que desde pequeño tenía recogido en su casa. El mancebo, que es un arrogante chico y con una figura como hay pocas, fingió acceder á sus deseos, pero fué con el doble objeto de apoderarse de sus riquezas, y largarse luego con ellas.

— ¿Qué diablo de chico! ¿y lo consiguió?

— Ya lo creo, de la noche á la mañana ha desaparecido, llevándose, no solo todas las riquezas de la pobre mujer, sino hasta diez mil duros que tenía que entregar al día siguiente; y como no pudo satisfacerlos, la justicia se echó encima, y le han vendido cuanto la quedaba en efectos, quedándose la infeliz sin novio, sin dinero y en la calle.

— ¡Pero eso ha sido una picardía!

— ¡Y qué quereis! ella se ha tenido la culpa, si desde pequeño hubiera enseñado al Carlitos á trabajar y á ser un hombre de bien, no tendria que lamentar hoy esa desgracia; pero le hizo un vago, le dejó adquirir toda clase de vicios, y de aquí proviene que le ha hecho infeliz, porque ese chico tiene que parar en mal, y ella se ha quedado en la miseria.

— ¡Estoy asombrado de lo que contais! ¿y no sabeis de Carlos?

— Ignoro si la justicia le habrá encontrado.

— ¿Luego le buscaban?

— Sí; la Colasa dió parte tan luego como se repuso un poco de la enfermedad que la causó su desgracia.

— ¿Y dónde se halla la prendera? quisiera verla.

— Sigue en el hospital, ¿pero la conoceis?

— A ella no, ni á Carlos tampoco; pero tengo el encargo de averiguar todo lo relativo al nacimiento de ese chico, porque aquí para entre nosotros, él es hijo de una familia poderosa; por motivos particulares le dejaron en Cádiz en poder de una tia de la Colasa, y hoy quisieran saber su paradero.

— ¡Eso es difícil! y en cuanto á adquirir noticias, yo puedo comunicaros alguna.

— ¡Cómo!

— Sí; compadecida de esa pobre Colasa, voy á visitarla al hospital, y me ha mandado algunas veces á ver á su tia, que está en las Incurables; con este motivo, puedo preguntar á una ó á otra cuanto queráis saber.

— Me hareis un gran favor, y yo os daré toda la recompensa que á mi me dan por adquirir estos datos.

— No hablemos de eso, y disponed de mí.

— ¡La recompensa ante todo! yo soy muy agradecido, y puesto que vais á servirme, aquí teneis para las primeras indagaciones.

— ¡Jesus! señor, qué bueno sois, exclamó la señora Gervasia brillantes de placer sus ojillos grises, y recogiendo el bolsillo que Carlos soltó sobre su falda.

— Aquí no hay mas bondad que el deseo de adquirir unas noticias que me interesan.

— Os prometo quedareis contento de mi actividad.

— Y de vuestro sigilo; pues ante todo, quiero guardéis el mas inviolable secreto; enteraos con cautela y sin que sospechen lo mas mínimo, quién dejó el niño á la tia de la Colasa, con todos los pormenores que podais adquirir, y si es posible averiguar el nombre y los antecedentes de las personas que le tenían antes de entregarse á ella.

— Corriente. Esta misma tarde voy al hospital de Incurables, llevaré á la pobre paralítica algunas golosinas, con lo cual se pondrá contenta como unas pascuas y no tendrá inconveniente en confiarme todos sus secretos.

— Pero cuidado no me comprometais.

— Descuidad, señor mio; ya soy vieja y tengo mucha experiencia para manejarme.

— Así lo creo, y fio en vuestra sutileza. Conque entonces hasta mañana.

— El cielo os guarde, buen caballero.

Carlos se alejó, y la astuta viejecilla, mirándole de reojo murmuró:

— ¡Hum!... malo será que me engañe, pero bajo esa peluca gris se esconde un gran perillan!... en fin, él es generoso, y mientras dé dinero, vamos chupando.



XII.

EL REGRESO.

Serian apenas las siete de la mañana, cuando á la puerta del palacio de Pereival paró un coche; apeáronse el baron y Lopez, y subieron con precipitacion la ancha escalera de mármol.

— Anunciad á la señora baronesa mi llegada, dijo Heraclio á una camarera que dormitaba en la antecámara de Flora.

Levantóse en tanto que el anciano se paseaba con impaciencia por el salon, y entró en el gabinete.

Flora no se habia acostado todavía, según su costumbre, pasaba la noche en vela, durmiendo solo algunas horas de la mañana.

Ocupada en escribir una carta, no advirtió la presencia de la jóven, hasta que esta dijo:

— El señor baron acaba de llegar en este momento.

— ¡Tan pronto! murmuró la dama soltando la pluma y levantándose sorprendida. ¿Y dónde se halla?

— Aguarda vuestras órdenes.

— Que pase inmediatamente.

La doncella salió. Poco despues entraba Pereival.

— ¿Qué ocurre, amigo mio? ¿Cómo un regreso tan rápido? ¿Y Edelmira?

— Dejarme descansar y contestaré á ese torrente de preguntas, dijo el baron sentándose con calma cerca de la chimenea.

Flora, en pié frente de él, siguió interrogándole con la vista.

Pereival, tras una breve pausa, exclamó:

— Llegamos á Valle-Real; Edelmira nos aguardaba con viva impaciencia acompañada de su aya y de su amante.

— Del marqués...

— Si, del supuesto marquesito de Selva-Verde.

— Luego ¿es acaso un aventurero?

— Algo peor.

— Ya me lo figuraba yo, y por las cartas de doña Crispina, llegué á temer alguna cosa funesta.

— Por fortuna llegamos á tiempo de evitarlo, y ya podeis estar tranquila.

— Pero sepamos quién es ese galan.

— El sobrino de la Colasa, aquella infame usurera, que en vida de vuestro padre os anticipó algunas cantidades.

— La recuerdo muy bien, pues ella quizá fué la causa de su muerte.

— Ya está pagando todas sus maldades. Este chico, con la idea de casarse clandestinamente con nuestra hija, la ha seguido á Valle-Real, y trataban de llevar á efecto su matrimonio, cuando he llegado á trastornar todos sus planes.

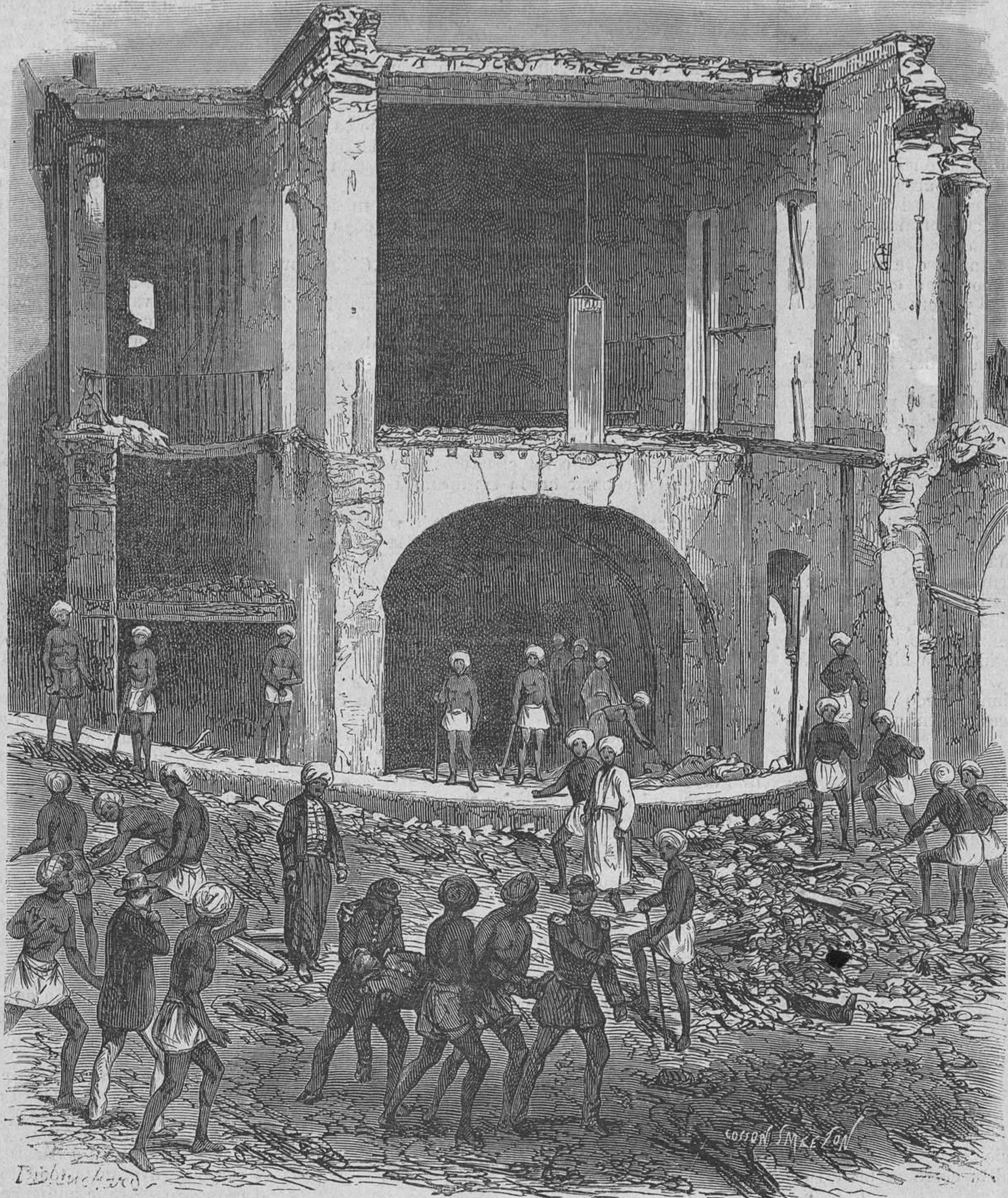
— ¿Y has dejado allí á Edelmira?

— No, por cierto; me la traigo, y queda en la quinta del Jarama.

— Muy bien hecho; es un lugar bastante retirado y no será fácil la descubra el audaz mancebo, que presumo será una buena pieza.

— Excelente para arrastrar una cadena. Figuro, cuando con objeto de darse toda la importancia de un marqués alucinando á Edelmira con su faustoso lujo, ha robado á su tia las riquezas que en tantos años de usura lleva atesoradas, dejándola en la calle, ó lo que es peor, en un hospital, donde la infeliz mujer, víctima de su credulidad, se halla moribunda.

— ¡Qué malvado! Pues tenemos un excelente pretexto para echarle á un presidio si insiste en perseguir á Edelmira.



Excavaciones hechas para buscar las víctimas de la explosion del polvorin de Pondichery.

hacerlo, no quise por una parte agravarlo, y por otra exponerme á que no hubiese dado crédito á mis palabras.  
— Yo arrancaré de su pecho ese romántico amor.  
— Hacedlo como gustéis.  
— Sí, corre este asunto de mi cuenta.

(Se continuará.)

Explosion

DE UN POLVORIN EN PONDICHERY.

En la noche del 6 al 7 de diciembre de 1866, á las tres en punto de la madrugada, la ciudad de Pondichery se despertó al ruido de una detonacion semejante á la que produciria un cañon de grueso calibre cargado con bala. Los habitantes supieron muy luego que una parte del cuartel afectada á la infanteria de marina se habia hundido, á consecuencia de la explosion del polvorin situado en el piso bajo de la parte del edificio reservado para dormitorio de los sargentos, cabos y soldados.

Los sargentos, que eran cuatro, y muchos soldados, quedaron enterrados en los escombros, despues de haber sido lanzados en los aires por la explosion: entre estos últimos, un jóven soldado se levanta y corre á prevenir á las autoridades y al médico, que se trasladan inmediatamente al lugar del siniestro. Las obras de salvamento

se organizaron al instante. Desgraciadamente, solo pudo salvarse á los soldados, que aunque cubiertos de heridas, no estaban en peligro de muerte; en cuanto á los cuatro sargentos, Caron, Lami, Lugan y Gérôme, estaban sin vida y horrorosamente mutilados cuando los sacaron de los escombros: su muerte debió ser instantánea. Tambien se hallaron los cadáveres de tres *payas* (jóvenes criados indios); y hé ahí todas las víctimas que ha habido que deplorar.

Faltaba un cabo entre estas víctimas, y durante tres dias las excavaciones que se hicieron para buscarle no dieron resultado alguno; pero al fin fué preso en Poyé-Colom, aldea situada á pocas millas de Pondichery. Como estaba armado de una escopeta y provisto de municiones de guerra que solo habia podido proporcionarse penetrando en el polvorin al que, según se cree, prendió fuego, para que perecieran los cuatro sargentos que aborrecia mortalmente. Este hombre, que pronto será juzgado, habia robado además cierta cantidad de efectos de ropa.

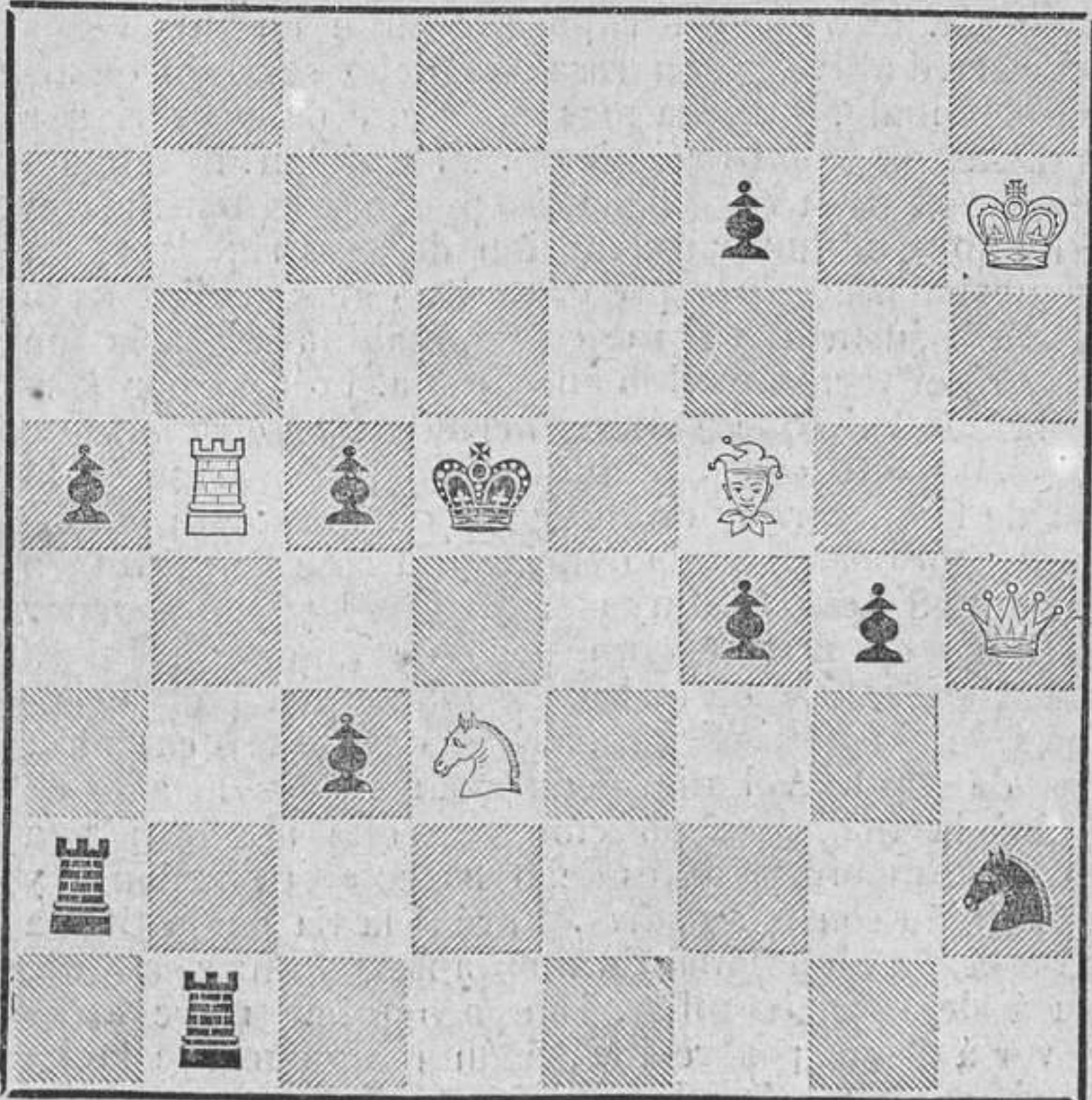
J.

— El mal está en que ella le ama con delirio, y le cree una persona ilustre.  
— ¿No la habeis desengañado?  
— El sombrío dolor que manifiesta me ha impedido

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 233, POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(1) Solucion del número 232.

- |   |                               |             |
|---|-------------------------------|-------------|
| 1 | T 5ª T á 3ª TRª               | R 4ª R      |
| 2 | T 5ª A jaque                  | R toma P    |
| 3 | T 3ª R                        | P toma T    |
| 4 | T 5ª R                        | Cualquiera. |
| 5 | A 3ª TRª ó C 8ª R jaque-mate. |             |

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.